Perdida en Nueva York



Una comedia romántica con manual de supervivencia para perderse en Manhattan (y que te guste)

LOVE NYC

Love NYC #1–

Perdida en Nueva York

Una comedia romántica con manual de supervivencia para perderse en Manhattan (y que te guste)

NNYC BOOKS



Copyright © 2026 NNYC Books

Todos los derechos reservados

CAPÍTULO 1



Estoy parada en el andén de la calle 50. Mi misión es sencilla, casi ridícula: tengo que llegar a la calle 86 para dar mi primera clase de

español a una señora rica cuyo nombre suena a fundación benéfica. *Mrs. Margaret Vandeheuvel*.

Me llamo Sara, como la de Sexo en Nueva York, pero sin la "h", y con menos ceros en la cuenta bancaria y, sobre todo, sin zapatos de quinientos dólares. Tan solo trabajo enseñando español por horas para *Speaking Spanglish*, una empresa que ni siquiera tiene sede física y que se define como una startup "disruptiva y on-demand". Es la versión de marca blanca de mi sueño americano. Y eso de que tu jefe sea una aplicación tiene sus ventajas, aunque ni siquiera sé a quién tendría que gritarle en caso de problemas. Supongo que esos detalles se leen en letra pequeña antes de cruzar el charco, ¿verdad?

Me digo a mí misma que solo tengo cuarenta y cinco minutos, como si eso pudiera hacerme llegar antes. Llevo una blusa de seda que me costó media hipoteca en Madrid (porque quería parecer "profesional", como si trabajara en una empresa seria) y que ahora mismo se me está pegando a la espalda como una segunda piel húmeda.

Nadie te avisa de la humedad. En las películas, la gente lleva gabardinas y el pelo perfecto. En la realidad, mi pelo ha cobrado vida propia; se ha expandido horizontalmente, buscando oxígeno, y ahora parezco la prima desquiciada de Mafalda.

Y el sudor… estoy sudando por sitios que no sabía que tenían glándulas.

El metro de Nueva York no huele a transporte público. Huele a fricción. Huele a metal quemado, a electricidad estática y a ese aroma dulzón y podrido de la basura fermentando en el calor de los túneles.

También hay un toque a canela que me recuerda a la casa de mi abuela, pero que termina convirtiéndose en un aroma a donut industrial que ha pasado una noche de más en una vitrina con luz triste y escaso afán de conservación.

En la boca del metro hay un vapor caliente que sale de una rejilla y te deja las pantorrillas como si alguien te estuviera soplando con un secador defectuoso. Me alegro de no haber elegido llevar falda.

En el suelo, pegado a la baldosa, veo un chicle aplastado que parece una galaxia diminuta: azul oscuro con motas brillantes y pienso que abre las puertas a una mini dimensión desconocida (juro que es cierto).

Miro los carteles. *Uptown*. *Downtown*. Parece fácil. Norte y Sur. Arriba y Abajo. Como un capítulo de barrio sésamo. El problema es que, bajo tierra, mi brújula interna —esa que en España me permitía encontrar un bar abierto a las tres de la mañana en cualquier ciudad — ha decidido dimitir.

—Uptown es arriba —me digo en voz alta. Una rata del tamaño de un gato doméstico me mira desde las vías con indiferencia. Ella sí sabe a dónde va.

Llega el tren. Es un estruendo, una trepidación que te hace vibrar los empastes. El "rumor subterráneo" del que hablaba mi guía de *Lonely Planet*, pero un rumor elevado a la potencia de una turbina de avión.

Las puertas se abren y me empujan hacia dentro. No entro; me introducen. La masa humana de Nueva York no camina, fluye como lava agresiva. Soy succionada por la muchedumbre.

Consigo un hueco agarrada a una barra de metal que está tibia. *Tibia*. Qué asco. Me limpio la mano disimuladamente en el abrigo y saco mi mapa. Sí, un mapa de papel. Porque mi móvil, con su flamante plan de datos internacional, ha decidido que el subsuelo es territorio comanche y marca un dramático "Sin Servicio".

Todo parece sencillo hasta que recuerdas que los neoyorquinos han decidido, por deporte, que las líneas se llamen con letras, números y colores.

Despliego el mapa. Es enorme. Molesto al señor con el pelo a lo afro de la izquierda. Molesto a la señora asiática de la derecha. Intento localizar el punto rojo. Bien. Voy a la 86. Estoy en la 50. Tengo que subir. Los números tienen que crecer. Es matemáticas básica.

El tren arranca con un tirón que casi me disloca el hombro. Voy mirando las paradas. Intento seguir el ritmo de los nombres, pero el altavoz los pronuncia como si estuviera bostezando: "fif… fif… st…" En mi cabeza, cada estación es un examen sorpresa. Y yo nunca estudié para esto.

Primera parada que consigo escuchar: *Times Square - 42nd Street*.

Frunzo el ceño. 42 es menor que 50. "No lo sé con certeza, pero...", pienso. "Quizá en este país cuentan al revés. Son capaces. Usan pies y pulgadas, ¿por qué no iban a contar hacia atrás?"

Segunda parada que reconozco: *34th Street - Penn Station*.

El pánico empieza en el estómago, frío y duro. Miro el mapa. Lo giro. Lo vuelvo a girar. Estoy yendo al sur. Estoy yendo hacia el agua. Hacia el fin del mundo asfaltado. Siento Manhattan como un pedazo pequeño de tierra. ¿Aquí se acaba la isla?

Intento hablar con una señora que se está retocando unas uñas perfectas y suspira como si yo hubiera insultado a su madre.

—Come on… —murmuro, y me sale un "come on" con acento de "cómeme el…" que no es internacionalmente diplomático.

—Estás mirando el mapa al revés.

La voz es grave, seca, y viene de arriba. Levanto la vista. Delante de mí hay un tipo alto. Abrigo largo, auriculares grandes en el cuello y un vaso de café de cartón en la mano que sujeta con una elegancia irritante. Me mira con esa expresión de suficiencia que tienen los neoyorquinos cuando ven a un turista sufriendo: en esos casos unos

acuden corriendo a ayudarte (en plan: yo puedo hacerlo y tú no sabes) y otros solo observan con una mezcla de piedad y ganas de que te mueras rápido para dejar de estorbar.

—¿Perdón? —le digo, intentando recuperar la dignidad mientras lucho por volver a doblar el mapa, que ahora parece un origami rebelde.

—El tren. Va hacia el *Downtown*. Tú quieres ir al *Uptown*.

—¿Y cómo sabes dónde quiero ir, *listillo*?

—Lo sé porque tienes el dedo puesto en el Museo de Historia Natural y estás poniendo cara de que te va a dar un infarto.

Me quedo paralizada. Tiene los ojos oscuros y ojeras de no haber dormido, pero son ojeras *cool*, de arquitecto atormentado o músico de jazz, no de profesora española que se ha equivocado de hemisferio.

—Pues te equivocas. Sé perfectamente a dónde voy —miento. La mentira es un mecanismo de defensa nacional. Si me estoy equivocando, me equivoco con orgullo.

Él arquea una ceja. Bebe un sorbo de su café.

—Claro. Seguro que vas a South Ferry a ver a los turistas con coronas de espuma verde. Es la hora punta perfecta para eso.

El tren frena. *28th Street*. Mierda. Mierda. Mierda. El vagón se llena más. Alguien me clava un codo en las costillas. El tipo del café ni se inmuta, se balancea con el movimiento del vagón como si tuviera giroscopios en los tobillos.

—Si te bajas ahora, puedes cruzar al andén de enfrente sin volver a pagar —dice él, mirando su móvil, como si no le importara lo más

mínimo mi destino—. Pero date prisa. Las puertas se cierran rápido. *Esto no es una exageración*.

Dudo. Ese segundo de duda es letal en Nueva York. Suena el aviso. *Ding-dong*. Una voz grabada, robótica y autoritaria, sentencia: *"Stand clear of the closing doors, please"*. Las puertas se cierran en mis narices.

Esta vez sí que he entendido la megafonía. Nueva York se ríe de los intentos de puntualidad como se ríen las puertas del metro cuando se cierran en la cara. Una piensa que tiene margen. Pero la ciudad escucha la palabra "margen" y decide humillarte.

Veo mi reflejo en el cristal sucio: tengo el rímel corrido y cara de susto. Detrás de mí, en el reflejo, veo al tipo del café. Me está mirando. Y juro que sonríe. Una media sonrisa, apenas un milímetro de comisura levantada. Arrogante. ¿Se puede ser tan chulo y tan guapo a la vez?

Me paso las siguientes seis paradas odiándolo. Lo odio con dedicación exclusiva. Odio su café, odio su abrigo perfecto y odio que tenga razón. El tren sigue bajando. 23, 18, 14... Houston, Canal, Franklin. Cada parada es una puñalada a mi puntualidad.

Finalmente, llegamos a *South Ferry*. Final de trayecto. Nuevamente, no entiendo lo que dice la megafonía, pero suena a: *Todo el mundo fuera*. Estupendo, empieza mi vida americana, perdiéndome.

Salgo al andén empujada por una marea de turistas felices. Sus cuerpos desprenden emoción. Yo huelo a estrés y a fracaso. Peor que el olor a pis que hay en esta estación.

Subo las escaleras y allí está la salida al ferry de Staten Island. Y, a lo lejos, la Estatua de la Libertad, pequeña y verde, alzando su antorcha como diciéndome: "Bienvenida, pringada".

Miro el reloj. Faltan diez minutos para mi clase. Estoy en la punta sur de la isla y tengo que ir casi al norte absoluto. Corro hacia el otro andén. Mis botas, que en la tienda parecían "urbanas y cómodas", ahora son instrumentos de tortura medieval. Me duelen los pies, me duele el orgullo y me duele la cartera porque sé que esto me va a costar un taxi carísimo si quiero conservar el trabajo.

Logro subir al tren de vuelta. Me siento, derrotada. Saco el móvil. Una raya de cobertura. Escribo una nota rápida, solo para desahogarme:

**Lista de enemigos mortales en NYC:*

1. El sistema de metro.

2. La humedad relativa del aire.

*3. El tipo del café (especialmente él).**

Llego al Upper West Side cuarenta minutos tarde. El portero del edificio de Mrs. Vandeheuvel me mira con desdén. Es un edificio con toldo verde y alfombra roja, de esos donde el silencio se compra por metro cuadrado. Subo en el ascensor (que huele a flores frescas, no a humanidad) y toco el timbre. Me preparo para ser despedida el primer día.

Abre la puerta una señora de unos ochenta años, vestida con chándal de terciopelo rosa y zapatillas de deporte. Tiene la piel curtida de tanto sol y unos ojos azules que vibran. Quiere aprender español porque está profundamente enamorada de Antonio Banderas.

—¡Llegas tarde! —grita con una sonrisa enorme—. ¡Me encanta! ¡Significa que te has perdido! Esta ciudad nunca falla ¡Pasa, pasa! ¿Quieres un jerez? Intento adaptarme a vuestra cultura a lo grande. Yo ya me he tomado dos mientras esperaba.

Me quedo en el umbral, jadeando, con la blusa pegada al cuerpo y el pelo encrespado.

—Lo siento mucho —empiezo a decir, con mi mejor inglés formal—. Hubo un problema con la orientación... Pensaba que controlaba, pero…

—¿Fueron las letras o los números? —pregunta ella, sirviendo una copa enana de líquido ámbar.

—¡Tenía el mapa al revés! —admito, frustrada —. Ni siquiera me di cuenta, hasta que un tipo engreído se burló de mí. ¿Por qué la gente no se mete en sus asuntos?

La anciana se ríe. Una risa de fumadora, grave y ruidosa.

—Bienvenida a la Gran Manzana, querida.

Me bebo el jerez de un trago. Quema, pero menos que la vergüenza. Mientras Mrs. Vandeheuvel busca su cuaderno, miro por la ventana. Desde aquí arriba, la ciudad parece ordenada. Una cuadrícula perfecta. Mentira. Es una trampa diseñada por sádicos. Me acuerdo del tipo del metro. De su "puedes cruzar al andén de enfrente". Intentó ayudarme, a su manera borde. Y yo le gruñí. Aunque una parte de mí quisiese decir: *come on*.

Tengo la sensación de que la ciudad me acaba de dar el primer bofetón. Y lo peor es que, mientras el jerez me calienta el estómago, pienso que quizá me lo merecía.

Mañana intentaré no equivocarme de hemisferio. Aunque, conociéndome, es probable que acabe en Queens.

—Bueno —dice la señora Vandeheuvel, golpeando la mesa con un bolígrafo de oro—. Ya que el zorro no va a venir a rescatarnos... Empecemos ¿Cómo se dice "*I am exhausted but alive*" en español?

Sonrío por primera vez en todo el día. Es un alivio cómo se ha tomado el asunto de mi retraso. Tal vez tenga mis prejuicios y los neoyorquinos son más simpáticos de lo que pienso. Al fin y al cabo, no ha terminado tan mal el día.

—Se dice: "Estoy hecha polvo, pero sigo aquí". No hay frase más acertada para empezar.

CAPÍTULO 2



Hay pocas cosas que definan tanto tu estatus en Nueva York como la forma en que entras al metro. Si deslizas la tarjeta sin detener el

paso, con un movimiento fluido de muñeca, eres un local. Eres parte del ecosistema.

Si te paras, buscas la tarjeta, la pasas, te da error ("SWIPE AGAIN"), te golpeas la pelvis con la barra de metal y tienes que retroceder mientras una fila de ejecutivos te mira con odio homicida... bueno, entonces en ese momento eres yo. Acabas delatándote.

Hoy he decidido que voy a intentar integrarme. Me encuentro en la estación de *72nd Street* (*Broadway & Amsterdam*) Voy a comprar la tarjeta semanal ilimitada. 35 dólares para ser libre. El problema es la máquina expendedora.

La MTA (*Metropolitan Transportation Authority*) tiene unas máquinas que parecen diseñadas en los años 80 por alguien que odiaba profundamente a la humanidad.

La pantalla táctil tiene una capa de mugre geológica y una sensibilidad táctil nula. Tienes que aporrearla. Tienes que agredirla para que entienda que quieres un idioma reconocible, porque el que la ha utilizado antes que tú, hablaba de todo menos inglés o español.

Me pongo en la cola. Delante de mí, un tipo anda a voces con el móvil. No me gustaría ser el que está al otro lado de la línea. Detrás, una mujer con un cochecito de bebé que parece un tanque de combate me clava la rueda en el talón de Aquiles.

Llega mi turno. Selecciono: *MetroCard*. *New*. *Unlimited Ride*. *7-Day*. La máquina me pide el pago. Meto mi tarjeta de débito española. La pantalla parpadea y me lanza la pregunta trampa: *"ENTER ZIP CODE"*.

El código postal. Esa pequeña trampa xenófoba de los sistemas de pago americanos. En España tenemos cinco dígitos. Aquí también. Pero mi banco está en Madrid (28004) y la máquina quiere verificar

que vivo aquí… si supiera al menos el de mi hotel en el que me estoy quedando provisionalmente…

Pruebo con el único código postal americano que conozco gracias a la televisión de los noventa. *9-0-2-1-0*. La máquina piensa. *"TRANSACTION CANCELED"*. Maldita sea, Brandon Walsh.

Intento mantener la calma. Siento el aliento de la mujer del carrito en mi nuca.

—*No tengo todo el día* —masculla alguien más atrás.

Vale. Plan B. Efectivo. Saco un billete de 20 dólares y uno de 10 y cinco de 1. El efectivo que traía para el tema de las propinas, por si acaso. Soy previsora. El problema es que el billete de 20 está un poco arrugado.

Lo aliso contra el borde de metal de la máquina. Lo introduzco en la ranura que brilla con una luz verde intermitente, como una boca hambrienta.

La máquina se lo traga. *Rrrrt*. Pasan dos segundos. Lo escupe. Lo vuelvo a meter. Lo traga con más desgana. Lo escupe de nuevo. *"BILL NOT ACCEPTED"*.

Empiezo a sudar. Es ese sudor específico de Nueva York: frío, pegajoso y con olor a estrés. Intento planchar el billete con la mano. La cara de Andrew Jackson me mira con decepción.

—Por favor —susurro en español—. No me hagas esto. Tengo clase en diez minutos y mis alumnos son *brokers* de Wall Street que huelen el miedo.

Vuelvo a meter el billete. La máquina hace un ruido de carraca. *Clac-clac-clac*. Se lo traga. Bien. Pero entonces, la pantalla se pone en rojo. *"OUT OF SERVICE"*. Y se apaga. Con mis 20 dólares dentro.

Me quedo paralizada.

No grito porque no tengo aire.

Miro hacia la ventanilla del agente.

Hay un cristal blindado y, detrás, una silla vacía. Con el tiempo descubriré que la silla siempre suele estar desocupada. O hay alguien durmiendo. O hay alguien ignorándote con una profesionalidad olímpica.

La cola detrás de mí empieza a dispersarse con bufidos y chasquidos de lengua. Me siento como un obstáculo de tráfico. Soy un cono naranja con patas.

—¿Otra vez *tú*?

Esa voz. Me giro. Es él. *Mr. Coffee*. Lleva el mismo abrigo impecable, pero hoy ha cambiado el café por una botella de agua de marca noruega que cuesta más que mi desayuno. Me mira desde una altura insultante.

—¿Me estás siguiendo? —le pregunto, a la defensiva. Mi inglés suena estridente, demasiado agudo.

Él ignora mi pregunta. Mira la máquina apagada. Mira mi cara de desesperación. Mira la cola que se ha formado en la máquina de al lado.

—Te está pidiendo el Zip Code —dice, como si explicara física cuántica a un hámster.

—Sé lo que me pide. Pero mi tarjeta es europea y la máquina es racista. Y ahora se ha tragado mi dinero.

Él suspira. No es un suspiro de empatía. En realidad, creo que querría decir: *¿de dónde ha salido esta tía?*.

Se acerca a los tornos. Saca su móvil.

—Pasa —me dice, señalando el lector OMNY.

—No —replico, digna—. No necesito tu caridad. Necesito recuperar mi billete. Voy a esperar al agente.

Él mira la ventanilla vacía. Luego me mira a mí.

—El agente no va a venir. Y si viene, te hará rellenar un formulario que enviarán a Buffalo y te mandarán un cheque de 20 dólares dentro de seis meses. ¿Tienes seis meses?

Me muerdo el labio. Tengo ocho minutos para llegar a Columbus Circle. Pero prefiero no contestarle.

—Insisto. ¿Merece la pena esperar seis meses?

—No.

—Pues pasa.

Él acerca su móvil al lector. La pantalla se pone verde. *GO*. El torno hace ese sonido mecánico y permisivo: *clack*. Dudo. Mi madre me enseñó a no aceptar cosas de desconocidos, especialmente de desconocidos guapos que me han visto perder la dignidad dos veces en 24 horas. Pero el torno está abierto. Y la ciudad no espera.

Cruzo. La barra de metal me golpea el muslo. Me estremezco pensando que ha sido él. Pero él cruza justo detrás de mí, usando su propia tarjeta física esta vez. Estamos en el andén. La gente se agolpa. El calor es asfixiante. Busco en mi bolso. Saco tres billetes de un dólar.

—Toma —le digo, extendiendo el puñado de billetes arrugados—. Si no me equivoco son 2.90 el viaje. Aquí tienes... puedes quedarte con lo que sobra de propina.

Él mira mi mano como si le ofreciera un pañuelo usado por una persona resfriada.

—Guárdalo.

—No. No me gusta deber nada.

—No me debes nada. Solo me debes el tiempo que me has hecho perder mirando cómo peleabas con una máquina que probablemente lleva ahí desde el año 1990.

—No estaba peleando. Estaba negociando.

—Ibas perdiendo —dice él.

Llega el tren. Un *Express*. Esta vez me he asegurado. Entramos. Nos quedamos de pie, agarrados a la misma barra central, pero en lados opuestos. Nuestras manos están a diez centímetros. Lo miro de reojo. Tiene las uñas limpias, cortadas al ras. Reloj analógico, nada de Apple Watch.

—Gracias —murmuro, mirando hacia la publicidad de un abogado que promete "Divorcios Rápidos por $399". Me da rabia decirlo. Me quema la garganta.

—De nada —dice él, mirando al frente—. Por cierto, el código postal de tu hotel suele funcionar si pones solo los números. O el 10001. El de Beverly Hills ya no cuela desde el 2005.

Abro la boca. ¿Cómo sabe que he puesto el de Beverly Hills? Me mira. Sonríe. Esa media sonrisa otra vez.

—Se veía en el reflejo de la pantalla. Tienes que tener cuidado con los reflejos en esta ciudad. Te delatan.

El tren frena en 59th Street. Es mi parada. Tengo que bajar. Él no se mueve. Me deslizo entre la gente.

—¡Adiós! —le digo, más alto de lo necesario. Él no contesta, solo levanta levemente la botella de agua noruega a modo de despedida.

Salgo a la superficie en Columbus Circle. El aire huele a caballos y a asfalto. Tengo 15 dólares en la mano y una deuda moral de 2.90 con un tipo que cree que soy idiota. Miro el billete de un dólar. George Washington tiene cara de saber algo que yo no sé.

Algo malo. Algo pernicioso. No es por el dinero. Es porque ahora, cada vez que cruce un torno, voy a acordarme de sus manos. Y eso, en una ciudad de ocho millones de personas, es un problema estadístico muy grave.

CAPÍTULO 3



Por fin encuentro un sitio que puedo permitirme. Mi nuevo apartamento —"cozy", dijo la agente inmobiliaria, sonriendo con dientes blanquísimos y un contrato de seis páginas en letra

microscópica— tiene unas ventanas que no dan al Empire State. Ni siquiera dan a la calle. Ojalá. Dan a un patio interior que es, en esencia, el intestino grueso de Manhattan. Es un rectángulo de oscuridad custodiado por muros de ladrillo negro de hollín y una colección de máquinas de aire acondicionado que no zumban, sino que rugen. Tienen un hambre mecánica, insomne.

Si pongo un vaso de agua en la mesilla, la superficie vibra como en *Jurassic Park* cuando se acerca el T-Rex. Pero aquí no viene un dinosaurio; viene la factura del alquiler.

El silencio en Nueva York es un concepto de marketing. Una mentira piadosa que te venden en las películas de Woody Allen para que no te pegues un tiro antes de firmar el contrato de alquiler. Nueva York te vende el sueño de las luces de neón, pero la realidad es este rugido de motores, el agua hirviendo a presión por las tuberías y el temblor de los trenes del metro que parece que van a brotar por debajo de mi parqué astillado.

No se ve el cielo. Hay pisos por encima, muchos, y pequeñas ventanas rectangulares donde, a estas horas, aún hay luces encendidas. Vidas verticales. Insomnios ajenos.

Yo tampoco puedo dormir y mañana tengo tres clases seguidas. Adultos ejecutivos que dicen "gracias" como si fuera "grasias" y creen que Cervantes es una marca de vino. Aunque ya llevo una semana en la ciudad, tengo el *jet lag* pegado a los párpados como cemento y la ansiedad de quien ha pagado una fianza equivalente a un riñón por vivir en una caja de zapatos con vistas a la miseria ajena.

A través de los cristales, opacos de una mugre que parece llevar allí desde la administración de Giuliani, veo la ventana de enfrente. Está iluminada. Un tipo cocina pasta a las cuatro y media de la mañana. Lo observo con una mezcla de envidia y odio purulento.

El tipo se mueve con una parsimonia irritante, echando sal al agua hirviendo, probando un poco y echando otro toque de mantequilla, mirando a la nada. No parece borracho. Parece resignado. Durante siete minutos repite la mecánica. Pasta. A las cuatro. Sin prisa. Como si fuera lo más natural del mundo.

Me dan ganas de saludarle, o de gritarle que le ponga un poco de orégano, pero el rugido de los ventiladores se comería mi voz. Me siento extrañamente acompañada por su hambre intempestiva y, a la vez, profundamente sola.

Nueva York es esto: compartir tu insomnio con un desconocido al que ves en calzoncillos, pero cuyo nombre nunca sabrás.

Él tiene espaguetis; yo tengo una caja de galletas saladas rancias y un pijama de felpa con dibujos de osos que mi madre me obligó a meter en la maleta "por si refrescaba".

Mamá, aquí no refresca. Aquí la humedad te mastica y te escupe.

A las siete de la mañana, mi cuerpo ha decidido que ya basta de fingir que va a descansar. Mi pelo sigue con un volumen que desafía las leyes de la física. Parezco un algodón de azúcar abandonado en un callejón.

Tengo que lavar ropa. Mi blusa de seda de la clase con Mrs. Vandeheuvel huele a una mezcla de "miedo al fracaso" y "túnel de la calle 50". Y, por si fuera poco, necesito ropa interior limpia. Mi maleta sigue a medio deshacer y mi "rotación de bragas decentes" ha llegado a su fin. Me quedan las de la vergüenza, esas que tienen la goma dada de sí, y me niego a usarlas un día más.

El problema es que, en este edificio, como en casi todos los que no pertenecen a herederos de imperios petroleros, la lavandería está en el sótano. Un sótano que huele a cloro, a metal oxidado y a algo que prefiero no identificar.

Bajo con mi bolsa de lona al hombro, abrazando mi botella de detergente barato del *Target* como si fuera un escudo de armas. Llevo puestas unas sandalias de goma, el pijama de osos y las ojeras me llegan a la comisura de los labios. Soy un cuadro grotesco. Si alguien me viera ahora, llamaría a una unidad de intervención social. Pero esto es Nueva York: puedes ir vestida de árbol de Navidad y la gente solo se quejará de que ocupas demasiado espacio en el pasillo.

O eso creía.

Abro la puerta de metal pesada con la cadera. La puerta de la lavandería chirría. Entro y el vapor me golpea la cara. Y ahí está él.

—Mierda —susurro.

El tipo del metro. El de la botella de agua noruega y la sonrisa perfecta. El del código postal de Beverly Hills. El que me perdonó los 2.90 y me llamó idiota con la mirada.

Está metiendo una sábana blanca —blanco nuclear, blanco "tengo la vida resuelta"— en la lavadora número 4. Lleva una camiseta gris, de un grupo de música que no conozco, que le queda insultantemente bien para ser tan temprano y sostiene un café humeante en un vaso de cartón que huele a grano recién molido, no a la ceniza aguada que yo tomo. Como no, Mr. Coffee. ¿No era una ciudad con millones de personas? ¿Por qué siempre la misma?

Me quedo congelada. Mi primera reacción es darme la vuelta y fingir que soy una sonámbula, pero mi botella de detergente decide resbalar de mis brazos sudados y cae al suelo con un estruendo plástico que resuena en todo el sótano.

—Vaya —dice él, sin girarse del todo, pero con esa media sonrisa que ya empiezo a detestar—. Veo que el pijama de osos es el uniforme oficial de las siete de la mañana en este bloque.

Cierro los ojos un segundo. Me siento ridícula.

—¿Vives aquí? —pregunto, intentando que mi voz no suene como si me acabaran de atropellar.

—Piso 6B. Tú debes de ser la nueva del 5, la que pelea con la cerradura todos los días a las seis de la tarde. Se oye desde el rellano.

—La cerradura es... temperamental. Como la ciudad —replico, agachándome para recoger el detergente. El pijama de felpa se me pega a la espalda. Siento que estoy sudando por las rodillas. Es una sensación humana y horrible.

Él se acerca y, antes de que pueda reaccionar, me quita la botella de las manos.

—Es mejor que no uses tanto de este —dice, señalando la etiqueta del detergente barato—. Deja residuos en estas máquinas viejas. Y en la ropa. Por eso tu pijama parece... rígido.

—Mi pijama está perfectamente —miento, mientras noto que el tejido de felpa me pica de forma insoportable—. Y no necesito consejos de lavado de alguien que bebe agua embotellada de los fiordos.

Él suelta una risa corta, seca. Me devuelve la botella. Sus dedos rozan los míos por un milisegundo y noto un calambre que no tiene nada que ver con la electricidad estática del ambiente. Es una chispa molesta, inoportuna.

—Soy Frank —dice, extendiendo la mano que no tiene el café—. Si vamos a ser vecinos, que menos que presentarnos como se debe. Y, por cierto, si quieres dormir esta noche, pon papel de aluminio en los bordes de la ventana del patio. Amortigua la vibración de los aires acondicionados. Un truco de veterano.

Miro su mano. Miro mi bolsa de ropa sucia donde asoma un calcetín rosa con un tomate en el talón. La dignidad es algo que se queda en el control de pasaportes de JFK, claramente.

—Sara —digo, estrechándole la mano con la firmeza de un flan—. Y no te preocupes que sé cuidarme solita.

Me doy la vuelta hacia la lavadora número 1, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello. Meto toda mi ropa de golpe, mezclando blancos y colores con una furia suicida. Escucho el sonido de su café al ser sorbido. Es un sonido elegante, medido. Lo odio. Lo odio con cada fibra de mi ser cansado.

Salgo de la lavandería sin mirar atrás, arrastrando mis sandalias de goma por el pasillo de cemento. Al llegar a mi puerta, la cerradura vuelve a encasquillarse. Forcejeo con la llave, con ganas de llorar o de patear la madera, hasta que finalmente cede.

Entro en mi cueva. El vaso de agua sobre la mesa sigue vibrando. El rugido del patio sigue ahí, recordándome que soy una pieza insignificante en esta maquinaria de acero y vapor. Me quito el pijama y me meto en la ducha, donde el agua sale con una presión que parece querer arrancarme la piel.

Cierro los ojos y me viene el olor de su café. Y de su ropa limpia.

¿Es posible odiar a alguien solo porque su ropa huele a suavizante caro y la tuya a humedad?

Claro que sí. En esta ciudad, es lo más sensato que he hecho en toda la semana.

CAPÍTULO 4



Hay una luz específica en Queens que no existe en Manhattan. En la isla, la luz cae vertical, cortada a cuchillo por los rascacielos,

racionada como si fuera un bien de lujo que solo merecen los áticos de la Quinta Avenida.

Llevo varias semanas en la ciudad y empiezo a acostumbrarme, si es que te puedes acostumbrar a *esto*. Hoy tocaba salir de la zona de confort y aquí me encuentro, en el metro elevado de la línea 7, donde la luz es horizontal, descarada y sucia. Te golpea en la cara sin filtro, revelando el polvo acumulado en las ventanas del vagón, las ojeras de la señora de enfrente y la realidad innegable de que mi maquillaje se ha rendido hace tres paradas.

El tren chirría. No es un sonido mecánico normal; es el grito de un animal prehistórico de hierro retorciéndose en una curva demasiado cerrada. Estamos cruzando Sunnyside. Abajo se ven los tejados planos de los almacenes, depósitos de agua que parecen oxidados a propósito para una película de gánsteres y miles de ventanitas idénticas.

Miro por la ventana y pienso en lo absurdo de mi misión del día. Voy a Queens porque mi seguro médico —el más barato que pude encontrar sin que fuera una estafa piramidal— solo cubre especialistas en códigos postales que suenan a aventura.

Mi médico de cabecera en Manhattan me derivó al Dr. Molina. “Es de origen español”, me dijo, como si la nacionalidad fuera una garantía de calidad clínica y no simplemente una promesa de que entendería mis tacos cuando me clavaran la aguja.

El vagón huele a una mezcla de desinfectante industrial y empanadillas fritas. Me encanta y me repugna a partes iguales. Es el olor de la supervivencia.

Llego a la consulta. Está en un edificio bajo de ladrillo rojo, encajonado entre una tienda de "99 cents" y una lavandería que expulsa un vapor con olor a suavizante barato a la calle. (El suavizante barato ahora me huele a flores muertas; el de Mr. Coffee,

al que debería empezar a llamarlo Frank, mi vecino del sexto, huele a prado alpino y superioridad moral. Lo odio. Lo recuerdo muy bien).

La sala de espera tiene esa moqueta color tristeza que se instaló en 1984 y nunca se fue. Hay una revista *Hola* de hace tres años (guiño español) y una pecera donde un pez naranja nada de lado, como si él también tuviera ansiedad y hubiera decidido que la verticalidad está sobrevalorada.

Nota mental: *Nunca te fíes de un médico que tiene una pecera con el agua turbia en la sala de espera.*

—¿Señorita Sara? —llama una enfermera que masca chicle con una cadencia hipnótica.

Entro. El Dr. Molina es un señor mayor con gafas de montura gruesa y una bata que le queda grande. Tiene pinta de haber visto de todo, desde la gripe española hasta la peste bubónica, y de no estar impresionado por ninguna de las dos. El covid ya le pilló tarde.

Me siento en la camilla, cubriéndome las piernas con ese papel de celulosa que hace un ruido de envoltorio de bocadillo cada vez que respiro. La dignidad es lo primero que te quita la medicina americana; lo segundo es el copago de cuarenta dólares.

Le explico mis síntomas. Le hablo del dolor de estómago que aparece los domingos por la tarde. De la confusión mental cuando entro en un supermercado y hay cincuenta tipos de leche (soja, almendra, avena, anacardo, macadamia... ¿qué les pasa a las vacas, han pasado de moda?). Le hablo de los dolores musculares que coinciden con las facturas del alquiler. Le hablo del miedo. De ese estado de alarma permanente, como si esperara que un piano de cola me cayera encima al doblar la esquina de la calle 42.

El Dr. Molina asiente. Escribe en una ficha de papel (¡papel!) con una pluma estilográfica. Me hace pruebas. Me mira la garganta, me toma la tensión, me hace caminar en línea recta.

Al final, se sienta, junta las manos y me mira por encima de las gafas.

—Bueno, Sara. Tengo el diagnóstico.

Me preparo para lo peor. Tumor cerebral. Úlcera sangrante. Muerte inminente por exposición excesiva al cinismo neoyorquino.

—Tienes una ansiedad crónica y severa —dice con voz de barítono—. Te produce la gastritis, las contracturas y la taquicardia. Tienes el sistema nervioso de un conejo cruzando una autopista.

Asiento. Lo sabía. Soy un desastre clínico.

—Pero... —añade, levantando un dedo—. Las pruebas concluyen algo más. Eres optimista.

Parpadeo. El papel de la camilla cruje bajo mi culo.

—¿Perdón?

—¡Que eres optimista! —repite, casi con alegría, como si me estuviera felicitando por haber ganado la lotería—. Fisiológicamente optimista. Tu cuerpo se queja, pero tus niveles de recuperación, tu respuesta al estrés... todo indica una resistencia irracional. Otra persona, con este cuadro de ansiedad, no se levantaría de la cama. Tú sigues yendo en metro.

Me quedo muda. Me siento estafada. He venido a que me den una baja médica o una pastilla mágica, y este señor me está diagnosticando "optimismo".

—¿Me está diciendo que mi enfermedad es tener esperanza? —pregunto, indignada.

—Te estoy diciendo que tu cuerpo es un desastre, pero tu química cerebral se niega a aceptarlo. Es fascinante. Tienes el optimismo de

los idiotas.

—¿De los idiotas?

—Es una expresión médica —miente, estoy segura de que miente—. Significa que sigues adelante, aunque la evidencia sugiera que deberías detenerte. Tómalo como un cumplido.

Salgo de la consulta con una receta para un ansiolítico suave y un diagnóstico que me ofende profundamente. *Optimismo de los idiotas*. Yo, que me considero la reina del realismo sucio, la crítica feroz de la vida moderna, resulta que tengo un defecto genético que me hace ver el vaso medio lleno, aunque el vaso esté lleno de agua del East River.

Camino de vuelta a la estación. Me compro un *pretzel* rancio en un puesto callejero solo para castigar a mi estómago optimista.

Subo al tren. Está abarrotado. Consigo un sitio de pie junto a la puerta, aplastada contra el cristal. El tren arranca y volvemos a elevarnos sobre Queens. Y entonces, ocurre.

El tren hace una curva hacia Manhattan y el *skyline* aparece de golpe. Ahí está. El Empire State, el Chrysler brillando como una joya art-decó, la aguja del One Vanderbilt. Se recortan contra un cielo azul insultante. Son tan bonitos que duelen. Es una belleza agresiva, indiferente. La ciudad está ahí, brillando, diciéndome: "Soy inalcanzable, soy cara, soy dura, pero mírame. No puedes dejar de mirarme".

Siento ganas de llorar y ganas de vomitar el *pretzel*. Es el síndrome de Stendhal mezclado con indigestión. Me odio por amarlo. El Dr. Molina tenía razón. Soy una idiota optimista. Creo que, si me esfuerzo lo suficiente, esta ciudad me querrá de vuelta.

El tren se sumerge en la oscuridad. Entramos en el túnel bajo el río. El ruido cambia. Dejamos el traqueteo aéreo por un zumbido sordo,

presurizado. Se me taponan los oídos.

De repente, el tren frena en seco.

La inercia lanza a un ejecutivo contra mi espalda. Murmuro un *sorry* automático (¿por qué me disculpo yo?). El tren se queda quieto. Pasa un minuto. Pasan dos.

Las luces parpadean y se apagan.

Oscuridad total. Solo la luz de emergencia, tenue y amarillenta, al final del vagón. El aire acondicionado se detiene y el silencio se llena con la respiración nerviosa de cientos de desconocidos.

—*We are being held momentarily by the train's dispatcher* —dice una voz enlatada e incomprensible por los altavoces. *Momentarily* en el idioma de la MTA puede significar treinta segundos o la llegada del Mesías.

Estamos debajo del agua. Millones de litros de agua sucia sobre nuestras cabezas.

Siento que el corazón me empieza a galopar. Me falta el aire. Empiezo a sudar dentro de mi abrigo. Me voy a morir aquí, en un túnel oscuro, rodeada de gente que huele a curry y a miedo, y ni siquiera he corregido los exámenes de subjuntivo del Grupo B.

Necesito aferrarme a algo. Cierro los ojos.

Intento no pensar en nada. Pero allí está. Dentro de mí.

No sé por qué mi cerebro elige a Frank, el vecino del 6B, alias Mr. Coffee. Quizá porque es la persona que más me irrita en este hemisferio. El odio es un ancla excelente. Si me muero aquí, él ganará. Se quedará con el silencio del edificio. Podrá poner sus discos de jazz pretencioso sin que yo aporree el techo con la escoba.

Podrá hacer su café de especialidad y el aroma invadirá el pasillo sin que yo ponga cara de asco al cruzarme con él.

Me imagino escribiéndole un mensaje mental. No tengo cobertura, claro, pero lo escribo en mi cabeza con furia:

"Frank: Estoy atrapada bajo el East River. Si muero, quiero que sepas que tu cafetera hace un ruido infernal a las 6:00 AM y que tus camisas siempre están demasiado almidonadas. Pareces un maniquí que ha cobrado vida por un hechizo fallido. PD: Tu gato me cae bien. Tú no."

Me concentro en los detalles de su cara para odiarlo mejor. Esa mandíbula cuadrada de anuncio de cuchillas de afeitar. Esa forma que tiene de mirarme, entre divertido y condescendiente, cuando me ve luchando con las bolsas de basura. Su voz grave diciendo "*Good morning, Sara*" como si "buenos días" fuera una frase filosófica compleja.

Respiro. Inhalo, exhalo. El odio me calma. El odio me centra. No le voy a dar el gusto de morirme de un ataque de pánico en el metro.

Pasan diez minutos. Alguien ha encendido la linterna del móvil y la luz proyecta sombras fantasmales en el techo del vagón. Veo un anuncio publicitario encima de la puerta contraria. Es de un abogado de lesiones personales. *"¿Te has caído en una obra? ¡Llama a Celino!"*. El tipo sonríe como un tiburón. Me pregunto si puedo demandar a la ciudad por daño emocional y existencial.

De repente, un chasquido. Las luces vuelven. El aire acondicionado ruge de nuevo, levantando una nube de polvo visible. El tren da una sacudida violenta y avanza.

La gente a mi alrededor exhala colectivamente. Nadie se mira a los ojos. Es la regla número uno: compartimos el trauma, pero no la intimidad.

Llego a Grand Central veinte minutos después. Salgo a la superficie boqueando como el pez de la consulta del Dr. Molina. El aire de la calle 42 está lleno de humo de tubos de escape y ruido de sirenas, pero me sabe a gloria.

Me vibra el móvil. Es un mensaje real, no imaginario.

Mr. Coffee: *He recogido un paquete tuyo que han dejado en mi puerta por error. Pone "Material Didáctico Urgente". Pesa mucho. ¿Llevas piedras ahí?*

Miro la pantalla. Ni siquiera recuerdo cuando intercambiamos los números de teléfono. Me tiemblan las manos, mezcla de la ansiedad y del bajón de adrenalina. Sonrío, una sonrisa torcida y cansada.

Yo: *Son diccionarios. Pesan más que tu ego, pero por poco.*

Ja. Ahí lo llevas. A ver cómo te sienta eso, don perfecto.

Mr. Coffee: *No sabía que seguían imprimiendo estas cosas. Espero que estas wikipedias de otro siglo no acaben con el Amazonas.*

Este tío es desesperante. Guardo el móvil. Me aliso el abrigo, que ahora tiene una mancha de grasa sospechosa en la manga. El Dr. Molina tenía razón. Podría haberme quedado en casa llorando, pero aquí estoy, insultando a mi vecino y caminando hacia una clase mal pagada.

Soy optimista por defecto genético. Que desgracia.

CAPÍTULO 5



Midtown a las 8:15 a.m. no es un barrio, es una agresión estética y sonora. Un reloj suizo hecho con acero, prisa y gente con mochilas minimalistas que cuestan lo mismo que mi alquiler (y no exagero). A

esta hora, la calle 42 huele a una mezcla imposible de gases de escape, pretzels quemados y la colonia cara de mil banqueros intentando llegar a sus mesas antes de que el mercado abra.

El sol aquí no llega al suelo; se queda rebotando en las fachadas de cristal de los rascacielos, cegándote sin calentarte, como un foco de interrogatorio policial. Todo es gris, plateado y hostil.

Las suelas se me pegan al suelo por culpa de algo pegajoso que no sé si es refresco, jarabe o lágrimas de becario. Un camión de reparto se traga la calle con un pitido de marcha atrás que suena a alarma de "tu vida no te pertenece".

Me noto la piel tirante por la falta de sueño y el exceso de calefacción del metro. Llevo una blusa blanca. *Blanca*. Una decisión estilística que mi madre calificaría de "temeraria" y yo, ahora mismo, clasifico como "suicidio táctico". Podría mancharse con solo mirarla.

Mi misión es simple. Ridículamente simple. Necesito cafeína. Pero parece que estoy intentando atravesar el Amazonas en tacones. Sí, la misma selva que Mr. Perfecto (estoy pensando en cambiarle el nombre) dice que me estoy cargando.

Camino hacia el Starbucks más cercano, que en Manhattan significa: el Starbucks que está a cien metros del Starbucks. Entro en el Starbucks de la esquina de la Sexta Avenida. Hay una cola que da la vuelta a la manzana, llena de turistas en chándal y ejecutivos gritándole a sus *AirPods*. ¿Por qué empieza la actividad tan temprano? En España estaría peleándome por encontrar una cafetería abierta.

En la cola todo el mundo está impecable y, sin embargo, todos tienen esa mirada de "si me hablas, te denuncio".

—Un cortado, por favor, con poquita leche —pido, con esa ingenuidad europea que todavía no se me ha curado del todo. Una de las cuestiones vitales que más me está costando para mi

adaptación cultural es que todavía no sé muy bien cómo pedir los cafés. Y sí, eso me supera. Hago el gesto universal de "pequeño" para indicar que quiero poca leche con los dedos, pero en Nueva York ese gesto significa "tienes un problema".

El chico de la barra, que lleva un delantal verde y con cara de adolescente, pero con treinta años, parpadea como si le hubiera pedido un *gazpacho con DNI*. Suspira y escribe algo en el vaso, gritando:

—*¡One tall hazelnut oatmilk latte extra hot! ¡With caramel!*

—No, perdona, he dicho un…

—¡Siguiente!

No discuto. En Nueva York aprendes rápido que discutir con la cadena de montaje alimenticia es perder energía vital. Acepto el vaso. Pesa medio kilo. Solo quería un simple café. No un batido, no un postre líquido. Quemaba como el núcleo de Chernóbil.

Cojo la piscina de leche hirviendo con caramelo y un recuerdo lejano, allá al fondo, de algo que quizá fue café cuando era joven y tenía sueños y salgo a la calle. Intento dar un sorbo. Me quemo la lengua. Me quemo el alma. Trago igual, porque tengo clase y porque soy un ser humano lleno de decisiones malas pero consistentes.

Avanzo entre gente que sostiene sus vasos como si fueran las escrituras notariales de sus viviendas. Esquivo a un tipo disfrazado de Estatua de la Libertad que está fumando un cigarrillo electrónico y, entonces, sucede. La física, esa ciencia exacta y cruel, decide intervenir. Alguien me empuja con un maletín rígido —probablemente lleno de secretos financieros o sándwiches de atún— y la tapa de mi vaso, mal ajustada, salta por los aires.

El líquido hirviendo no cae al suelo. No. Cae en parábola perfecta sobre mi pecho. Grito. Un grito ahogado, poco digno. La mancha

marrón se expande por la seda blanca con la velocidad de un virus tropical. Y lo peor no es el dolor térmico, ni la vergüenza. Lo peor es el olor. Ahora huelo a avellana sintética, a sirope barato y a desesperación corporativa. Soy un *muffin* humano caminando hacia una reunión de alto nivel. Voy corriendo hacia el edificio de cristal donde desde hace unos días doy clase a los vicepresidentes de no-sé-qué fondo de inversión. El vestíbulo es de mármol negro, tan pulido que puedes ver tus pecados reflejados en el suelo. Paso los tornos de seguridad con mi tarjeta de visitante (que nunca funciona a la primera, claro) y me lanzo hacia los ascensores.

Dentro del ascensor, un hombre impecable me mira, observa la mancha, y vuelve a mirar al frente.

—Joder, me arden las tetas —susurro en español, porque el dolor es real.

El hombre no mueve un músculo. El ascensor se dispara hacia arriba. Estos ascensores de Midtown son una trampa fisiológica. Suben tan rápido que las rodillas se te doblan y los oídos se te taponan con un *pop* doloroso. Te suben cincuenta pisos en diez segundos y te bajan la autoestima en cinco. Antes de llegar a la planta 40, tomo una decisión ejecutiva. Saco el móvil. Abro la *app* de la academia.

CANCELAR CLASE. Motivo: Fuerza mayor. (O estupidez mayor, lo que el sistema prefiera).

Respuesta del sistema: *Ramón va de camino. La penalización será descontada de su nómina.*

¿Quién demonios es Ramón? No me importa. Me bajo en la planta equivocada, cruzo el pasillo y bajo por las escaleras de emergencia para no cruzarme con nadie más. Huyo.

Treinta minutos después, llego a la puerta de mi apartamento. El viaje de vuelta en el metro oliendo a cafetería industrial ha sido

humillante. Solo quiero entrar, ducharme y quemar esta ropa.

Pero claro, Nueva York nunca te da tregua. Justo cuando estoy metiendo la llave, la puerta de al lado se abre.

Él. Mister Coffee. Va vestido normal, lo cual en él significa insultantemente guapo sin esfuerzo.

—Vaya —dice, apoyándose en la pared del pasillo—. ¿Qué le ha pasado a tu pijama de ositos?

Me mira de arriba abajo. La camisa blanca, mojada y manchada de café, se ha vuelto traslúcida. Se me pega al cuerpo. Y, por si fuera poco, el frío de la calle ha hecho que mis pezones decidan saludar al vecindario.

Me cruzo de brazos violentamente.

—Se está lavando con el detergente barato —miento, con la dignidad de una reina en el exilio.

—No sabía que el detergente olía a *Latte* de avellana —sonríe. Esa sonrisa torcida. Odiosa. Brillante—. Dame esa blusa.

—¿Perdona?

—Dámela. Trabajo con tejidos. Sé cómo sacar esa mancha sin destrozar la seda. Si la metes en agua caliente tú sola, la vas a fijar para siempre.

Me quedo paralizada. Estoy pegajosa, huelo a azúcar quemado y tengo a este tío ofreciéndose a lavarme la ropa.

—No es café —digo, a la defensiva—. Se me ha cagado una paloma encima. Una paloma con diarrea. Y diabética.

—Ya. —Da un paso hacia mí. Invade mi espacio personal. Huele a jabón limpio, no a sirope—.

Siento que me sube el calor a la cara. ¿Por qué me tiemblan las piernas? Debe ser la cafeína que he absorbido por osmosis cutánea.

—No pienso quedarme en sujetador en el pasillo, Frank.

—Haz una cosa. Entra en tu casa, tíramela por la puerta. Mañana te la devuelvo nueva.

—¿Y si no quiero?

—Entonces tendrás un trapo caro para limpiar el polvo que huele a Starbucks. Tú misma.

Me mira a los ojos. Hay un desafío ahí. Y algo más. Entro en mi apartamento, cierro la puerta de golpe y me apoyo contra ella, respirando agitada. Me quito la blusa pegajosa con rabia. Tiemblo. Abro la puerta una rendija, saco la mano con la bola de ropa húmeda y la dejo caer al suelo del pasillo.

—¡Que te aproveche! —grito.

Oigo su risa al otro lado.

—¡Buenas noches, Sara!

Cierro el cerrojo. Me deslizo hasta el suelo. Estoy semidesnuda, en mi entrada, oliendo a avellana. Ese imbécil se ha salido con la suya. Pero lo peor no es eso. Lo peor es que mañana tendré que volver a hablar con él para recuperarla.

Esto no es una anécdota. Es una condena.

CAPÍTULO 6



La estación de Chambers Street huele a historia y a orina vieja. Es una combinación olfativa compleja. Los azulejos están sucios, el

techo es bajo y hay una humedad que se te mete en los huesos. Aquí abajo, el aire es denso, masticable.

Hoy mi misión no es enseñar el subjuntivo a millonarios, sino justificar mi propia existencia ante la administración. Tengo una cita para un trámite de visado en el Federal Plaza. Llevo una carpeta azul bajo el brazo que abrazo con la fuerza de una madre protegiendo a su primogénito. Dentro van mi pasaporte, mi contrato de alquiler (ese que me cuesta un riñón y medio hígado), y trescientos formularios que juran que no soy una espía, ni una comunista, ni tengo intenciones de derrocar el gobierno a base de tortillas de patata.

Me limpio el sudor del labio superior. Estoy nerviosa. Mi "optimismo de los idiotas", según el Dr. Molina, hoy está de vacaciones. Hoy solo queda el pánico.

Miro el reloj. Voy con tiempo. "No la líes, Sara", me digo. "Solo tienes que coger el metro de vuelta a casa, cambiarte y fingir que eres una persona funcional. Tú ya eres una local. Has sobrevivido a Queens, a máquinas expendedoras racistas y a ventanas que rugen. Tú puedes con esto."

Entro en el andén. Veo un tren azul acercándose. La línea A, C, E. En mi cabeza, azul es azul. En Madrid, la línea 1 es la línea 1. Para siempre. Hasta que el sol explote. Aquí no. Aquí el sistema de metro es un ser vivo, caprichoso y cruel.

El tren llega con un estruendo que hace vibrar las paredes de la estación. Las puertas se abren. Entro. Consigo sentarme en un hueco entre un señor que duerme con la boca abierta y una chica que se está maquillando con la precisión de un cirujano plástico en medio de un terremoto.

El tren arranca. — *This is a Brooklyn-bound A Express train* —dice la voz del conductor. Suena rápido. Suena urgente. Yo sonrío. "Express". Eso suena bien. Express significa rápido. Express significa

llegar antes a casa y poder quitarme estos zapatos que me están matando.

El tren coge velocidad. Mucha velocidad. Pasamos la estación de Fulton Street. Bien. Pasamos High Street. Bien. Entonces, el tren empieza a rugir. Las luces del túnel se convierten en un borrón continuo. Siento una presión en los oídos. Estamos bajando. O subiendo. O cruzando al inframundo.

Miro el mapa pegado en la pared de enfrente, justo encima de un anuncio de un dermatólogo llamado Dr. *Zizmor* (o alguien muy parecido) que promete curarte el acné y el alma con láseres de los años noventa. El tipo tiene una sonrisa de arcoíris y piel de delfín. Sigo la línea azul con la mirada. La A y la C van juntas... hasta que dejan de ir juntas. La C hace todas las paradas. La C es amable, lenta, comprensiva. La C es "Local". La A es un misil balístico. La A es "Express".

El tren pasa por una estación sin parar. Veo a gente en el andén convertida en manchas de colores. Pasa otra. Y otra. Mi sonrisa se congela. — *Next stop: Nostrand Avenue* —dice el conductor. Miro el mapa. Nostrand Avenue. Eso está en Brooklyn. Eso está *muy* adentro en Brooklyn.

—No, no, no... —murmuro. ¿Otra vez perdida?

La chica del maquillaje me mira de reojo, termina de delinearse el ojo de gato perfecto y vuelve a su móvil. Para ella, mi pánico es solo ruido de fondo. Me levanto. Me pego al cristal de la puerta. Veo pasar mi vida y las estaciones de Manhattan. Canal Street, Spring Street, West 4th... Todas esas paradas útiles y necesarias se desvanecen en la oscuridad del túnel.

El tren cruza el East River por debajo. Siento el peso del agua sobre mi cabeza. Algo malo. Algo pernicioso. Esta vez no es una premonición, es un hecho geográfico. Me estoy yendo del estado, prácticamente.

Cuando el tren por fin se digna a frenar en Nostrand Avenue, salgo disparada al andén como si el vagón estuviera ardiendo. El aire aquí es diferente. Huele menos a turismo y más a barrio de verdad. Estoy en Bed-Stuy. O cerca. No lo sé. Mi brújula interna sigue dimitida. Miro el reloj. He perdido veinte minutos en la dirección equivocada. Ahora tengo que esperar al tren de vuelta, volver a cruzar el río, volver a la casilla de salida.

Me siento en un banco de madera barnizada que ha visto mejores décadas. Saco el móvil. Sin cobertura, obviamente. Me apoyo la cabeza en las manos. La carpeta azul con mis documentos resbala y cae al suelo, abriéndose en abanico.

—¡Joder! —grito.

Me agacho a recoger los papeles del gobierno. "Formulario I-tal", "Anexo Cual". Una mano aparece en mi campo de visión. Una mano grande, de dedos largos, con un reloj analógico en la muñeca. No puede ser.

Levanto la vista. Ahí está. El abrigo impecable. La postura de quien posee el espacio que ocupa. La media sonrisa arrogante. Frank. Mr. Coffee. El vecino del 6B.

—Creo que esto es tuyo —dice, recogiendo mi fotocopia del pasaporte con una delicadeza irritante. Me quedo paralizada, con el culo en pompa y la dignidad por los suelos (literalmente). Le arranco el papel de la mano. Me levanto de un salto, alisándome la falda.

—¿Qué haces aquí? —le espeto. Ni "hola", ni "gracias". Ataque preventivo.

—Vivo en Nueva York, Sara. A veces salgo de mi apartamento —dice él, con esa calma que me dan ganas de despeinarle a bofetadas—. ¿Y tú? ¿Turismo de aventura en la línea A? ¿Otra vez dando una vuelta por el sur?

Siento que me arden las orejas. Ese "otra vez" ha sido especialmente dañino.

—He tenido un... error de cálculo táctico.

—Sara, es la novatada del Express. Un clásico de esta ciudad. Seguro que has cogido el Express pensando que era el Local —traduce él. No es una pregunta. Es una sentencia.

—¡Son del mismo color! —me defiendo, señalando el cartel azul—. ¡Es una trampa para daltónicos y europeos! En mi país, si pintas dos cosas igual, es que *son* lo mismo. Es lógica aristotélica. Lo aprendí en el instituto.

—Es lógica de la MTA —corrige él—. La A es para los valientes. O para los que tienen prisa. Tú tenías prisa, ¿verdad?

Odio que tenga razón. Odio que me haya visto recogiendo papeles del suelo en Brooklyn cuando debería estar en Manhattan. Y odio, sobre todo, que hoy lleve una bufanda de cachemira gris que parece más suave que cualquier cosa que yo haya tocado en mi vida.

—No tengo prisa —miento—. Me gusta ver mundo. Brooklyn es... encantador en esta época del año.

—Estamos en un túnel, Sara.

—Tiene una acústica preciosa.

Frank suelta una risa corta. Esa risa seca que me pone nerviosa. El tren de vuelta a Manhattan retumba a lo lejos.

Nos quedamos en silencio un momento. Él mira mis papeles, que ahora abrazo contra mi pecho de forma desordenada.

—Parece importante —señala con la barbilla.

—Burocracia. El deporte nacional.

—¿Es una demanda contra la ciudad? ¿Por sus máquinas racistas? ¿o por sus palomas asesinas?

—Es más bien, supervivencia administrativa. Renovación de visados. No debí poner que venía a matar al presidente.

—¿Lo pusiste?

—Claro que no. ¿No sabes lo que es una broma?

—Contigo no acabo de pillarlas. Aunque me haces reír bastante. Volviendo a los papeles ¿Tenías cita?

—Sí. Y ahora mismo mi cita se está yendo a tomar un donut sin mí.

Se apoya en una columna. Parece que hasta cuando se apoya lo hace bien. Me irrita.

—¿A dónde ibas exactamente?

Le digo el edificio, la calle, el horario. Él escucha y asiente con una seriedad inesperada.

—Vale. Entonces necesitas volver ya. —Me mira—. Y probablemente aceptar que no controlas el metro.

—Yo controlo el metro.

—Sara. Estás en Brooklyn.

Me quedo callada, porque la lógica es un puñal.

Para no morirme de vergüenza, lo ataco donde duele.

—¿Y tú qué haces aquí, Mr. Perfecto? ¿Te has venido a experimentar "la autenticidad" como los turistas que dicen que Williamsburg es "raw"?

Él arquea una ceja.

—Trabajo. Tengo… cosas.

—"Cosas". —Sonrío con maldad—. Qué misterio. ¿Eres un espía? ¿Un asesino elegante? ¿Un señor que vive de herencias?

Frank me mira un segundo, y por primera vez parece… humano. Como si el personaje perfecto tuviera una grieta.

—Tenía una reunión en una fábrica textil en Navy Yard. Soy un simple abogado. No es glamuroso.

Como no, don perfecto es abogado, pero se quita importancia. Faltaría más. Como dice mi madre: "no te fíes de los abogados". Y yo añado: sobre todo si tienen una sonrisa irresistible e irritante a la vez.

El tren llega. Entramos. Esta vez me aseguro de que ponga lo que tiene que poner. Nos quedamos de pie, agarrados a la barra central. Otra vez esa proximidad forzada. Huele a sándalo y a ese café caro que me persigue. Es un olor limpio, ordenado, que choca con mi olor a estrés y a metro rancio.

Frank carraspea. Me mira de reojo. Parece que está pensando algo.

— *Yo... eh... comprendo tu problema* —dice de repente en español.

Me giro bruscamente.

—¿Perdón?

— *El metro* —continúa, pronunciando con un esfuerzo visible, masticando las vocales—. *Es... muy difícil. Yo soy perdido muchas veces también.*

Parpadeo. Mi cerebro de profesora de español hace un *reboot* de emergencia. Ha intentado hablar español. Tiene un acento atroz. Un

acento de turista rico que pide "dos cervesas, por favor" en Ibiza. Un acento de gringo de manual. Pero lo ha intentado.

Y, sin embargo...

—"Estoy" —digo automáticamente. Es un reflejo condicionado. No puedo evitarlo. Él frunce el ceño.

—¿Qué?

—Has dicho "Yo soy perdido". Es "Estoy perdido". Verbo estar. Estado temporal. A no ser que seas un caso perdido por naturaleza, lo cual, viendo tu historial de arrogancia, es debatible, pero gramaticalmente incorrecto en este contexto.

Frank me mira, sorprendido. Luego, una sombra de diversión cruza sus ojos oscuros.

—Ah. *Soy* vs *Estoy*. La pesadilla existencial de vuestro idioma.

—No es una pesadilla. Es precisión. "Ser" es esencia. "Estar" es estado. Tú *eres* americano. Tú *estás* en un vagón de metro intentando impresionarme con tu español de nivel A1.

—No intentaba impresionarte. Intentaba ser... *simpático*.

—Pues te ha salido regular.

Él sonríe. Una sonrisa completa esta vez, que le llega a los ojos.

—¿Por qué aprendes español? —pregunto, bajando un poco la guardia. Solo un poco.

—Negocios. —Se encoge de hombros—. Y porque mi vecina de abajo grita mucho en español cuando se pelea con su lavadora y me gustaría saber si me está insultando.

Siento un calor repentino en el cuello.

—No le grito a la lavadora. Le hablo con firmeza. Es una máquina rebelde.

—El otro día dijiste algo sobre... ¿una paloma diabética? —arquea una ceja—. Eso lo entendí.

—Tienes buen oído para el drama.

Frank me mira y baja la voz:

—Si te sirve, yo también me he equivocado alguna vez. Una vez acabé en Far Rockaway.

—Mentiroso.

—Te lo juro.

—Igual me equivoco, pero creo que estás intentando humanizarte para caerme mejor.

—¿Funciona?

Yo lo fulmino con la mirada. Pero mi cuerpo, el traidor, hace otra cosa: se calma. Como si su presencia le dijera a mi ansiedad: "vale, por lo menos no estás sola en este tutorial de humillación".

—No —le digo—. No funciona.

Frank asiente, como si aceptara el golpe con deportividad.

—Perfecto.

Y me deja esa palabra flotando entre los dos, como si "perfecto" fuera una manera de decir "me importas" sin admitirlo.

El tren avanza hacia Manhattan. Mi carpeta pesa menos, o quizá es mi cabeza la que pesa menos. No sé.

Solo sé que me irrita que me guste su voz.

Y que me guste que se equivoque en subjuntivo.

CAPÍTULO 7



El Upper West Side a las 19:15 tiene una falsa calma: una calma maquillada con luz dorada y árboles pelados que parecen peines gigantes peinando el aire frío. Broadway ruge a dos manzanas, con

sus buses articulados resoplando como bestias cansadas y el *1 train* vibrando bajo el asfalto como si alguien tuviera una lavadora industrial encendida en el centro de la Tierra. Pero cuando llego a Morningside Height, en La Salle Street la cosa cambia. Los edificios se aprietan, los portales huelen a calefacción vieja y a sopa de alguien que no está arruinado, y el viento se cuela por el cuello del abrigo con una precisión medida: justo donde te hace daño, ¿verdad?

Mi móvil vibra con una notificación con la que casi me da un microinfarto. Miro: no es inmigración, no es el banco, no es la MTA riéndose de mí. Es un mensaje.

Frank: *Llego tarde. No es que he haya cogido el metro equivocado. (Emoticono: Guiño) Tengo una reunión que se ha alargado más de la cuenta. Ve cogiendo sitio. Recuerda que el restaurante está en el 125 de La Salle Street. Te voy a enseñar un sitio donde Manhattan no te muerde. No vayas a hacerte la heroína. P.D: El Código postal es 10027, por si lo necesitas.*

Me quedo mirando la pantalla como si fuera un mensaje en arameo. ¿Desde cuándo es *Frank* en mi agenda? ¿Qué ha sido de Mr. Coffee? Y ese "no es que haya cogido el metro equivocado". ¿Y el código postal? Dios santo. Respiro profundamente. No sé cómo he llegado hasta aquí, pero aún estoy a tiempo de dar la vuelta.

¿Estoy teniendo una cita con Mr. Coffee? Yo no recuerdo haber dicho que sí. Yo no recuerdo haber aceptado. Yo… ¿qué? De repente, como una bofetada recuerdo una conversación en el rellano. Me encuentro con él cuando vuelvo con una bolsa de supermercado que pesa como un resentimiento antiguo. Él sale impecable, como siempre, con su abrigo de abogado y su cara de "yo he dormido ocho horas porque el mundo me respeta". Me da mi blusa. Sí: mi blusa blanca. Limpia. Plancha perfecta. Dobladita. Como si la hubiera operado un cirujano textil.

—Tu prenda rescatada —dice, y lo dice como si me estuviera devolviendo un rehén.

—No era un rehén —gruño.

—Lo era. Olía a avellana y desesperación.

Le digo que no necesito favores. Él me dice que no es un favor, que es higiene básica. Yo le digo que se vaya a la mierda. Él sonríe. Y, de pronto, suelta:

—¿Cena? ¿El viernes? Tengo un sitio. Pisticci. No es de turistas. No es ruidoso. No te va a dar urticaria social.

—¿Pisticci? —comento irónicamente—. Suena a nombre de mafioso que sale en los Soprano y muere en el segundo capítulo.

—Suena a la mejor pasta casera al norte de la calle 96. Sara. Tienes cara de necesitar carbohidratos.

Me río. Me río porque no sé qué más hacer. Odio que tenga razón. Siempre tengo cara de necesitar carbohidratos. Es mi estado natural.

—¿Por qué iba a cenar contigo?

—Porque hoy te he visto la cara cuando has mencionado "formularios" —dice—. Y porque… —pausa mínima— porque me apetece.

Y ahí pasa lo peor.

Que a mí también. Y porque estoy empezando a pensar que para sobrevivir en esta ciudad necesito un guardaespaldas.

Así que, contra toda lógica, aquí estoy. En La Salle, una de esas calles raras de Nueva York que parecen un error de la matrix, una interrupción diagonal en la cuadrícula perfecta de la ciudad.

En el borde de la acera hay bolsas negras hinchadas, como cadáveres blanditos de consumo, esperando a que el camión de basura las destripe a las tres de la mañana. Un perro minúsculo, vestido con un abrigo acolchado más caro que mis zapatillas, hace caca con dignidad. Y yo, con una carpeta de exámenes bajo el brazo (subjuntivo: el crimen perfecto), avanzo hacia un sitio que promete calor, vino y olvido temporal: Pisticci.

Mis prejuicios basados en los Soprano estaban equivocados. Pisticci es uno de esos lugares que te hace sentir en una película, aunque estés arruinada y con ropa de rebajas. Suena a pistacho y a Italia y a que mi cuenta bancaria se va a poner a llorar en silencio. Spoiler: llora.

Dejo atrás la parte superior del restaurante donde predominan los colores azules y ventanas directas a la calle, y por consejo de Frank entro en un lugar más íntimo. La entrada del comedor inferior es discreta, casi como si esa parte del restaurante estuviera escondiéndose de la ciudad. Hay que bajar unas escaleras hacia un sótano —sí, un sótano, como si estuviéramos entrando en un secreto compartido por la gente que vive aquí y no necesita demostrar nada, como si te estuviera diciendo "vale, te dejo respirar, pero solo si bajas la cabeza primero" — y de pronto el mundo cambia de textura. Cambia el aire. Cambia el sonido. Cambia mi cara, aunque yo intente mantenerla en modo “yo no necesito a nadie”.

Lo recuerdo muy bien: la luz aquí es dorada, tangible, como si alguien hubiera decidido que este sótano italiano necesitaba su propio filtro de Instagram permanente. Hay lámparas de pared que parecen sacadas de una trattoria de los sesenta, paredes de ladrillo visto que han escuchado conversaciones en tres idiomas simultáneos, y mesas de madera tan gastadas que tienen más historia que mi abuela.

El aire huele a ajo confitado, a masa de pizza recién horneada y a ese aceite de oliva caro que seguramente cuesta más que mi alquiler

de una semana. También hay un toque a madera vieja y a albahaca fresca que te golpea en la nariz cuando pasas por la cocina abierta, y ese ruido de fondo —cubiertos, risas bajas, una conversación en italiano entre los camareros— que hace que el mundo exterior, con su prisa y su hostilidad, parezca una broma pesada.

En una esquina, un radiador suelta ese chasquido de metal expandiéndose, como si el sitio respirara. Vuelvo a fijarme en la luz dorada, antigua, de película italiana donde todo el mundo es guapo y nadie tiene que rellenar formularios para demostrar que no va a derrocar un país con tortillas de patata. Esto no es una exageración: esa luz te engaña. Te hace creer que eres una persona con tiempo. Y con futuro.

Ahora sí. Esta vez he llegado al sitio sin perderme y yo solita. Sin ayuda. Ya solo necesito sentarme, pedir una copa de vino (una, porque soy adulta, supuestamente) y corregir exámenes sin que el mundo me humille. Los exámenes son del Grupo B, los del "si yo fuera rica" y "ojalá tú entendieras que el subjuntivo no es opcional". Vengo con el bolígrafo rojo como si fuera un arma blanca legal. Vengo con cara de profesora seria.

Vengo, en resumen, a fingir. Voy con el escudo puesto. No quiero que parezca una cita de verdad, y ese escudo se llama: exámenes de español.

Me quito el abrigo y noto el sudor frío en la espalda, ese sudor traicionero que te deja el metro, una vez más. Me siento en una mesa pequeña, pegada a una pared de ladrillo. La silla cojea un poquito. Me gusta. Las sillas que cojean son honestas.

Saco los exámenes, los apilo, los alineo. Como si el orden externo pudiera arreglar el caos interno.

Nota mental:

1. *No beber mucho.*

2. No pensar en Frank.

3.
No pensar en Frank en un restaurante italiano con luz de película.
4. No pensar en Frank nunca, en general.

El camarero aparece con una profesionalidad suave, de barrio. No sonríe de más. No se explica. Aquí te traen las cosas como si fueras alguien que sabe vivir. Me mira los papeles y luego me mira a mí, como si intentara resolver el misterio: "¿por qué esta mujer se castiga en público?"

—¿Vino? —pregunta.

—Una copa del tinto de la casa —digo, intentando sonar casual, como si no estuviera pagando terapia líquida.

Me la trae. La copa es grande. Demasiado grande para una vida como la mía. Me tomo un sorbo y… vale. Vale. No está mal. No es "vino español que te hace reconciliarte con tu pasado", pero tampoco es "zumo de uva con resentimiento".

Abro el primero de los documentos. Coloco el examen de Bradley (un ejecutivo que cree que "yo soy bueno en español" es una frase correcta) justo al lado de mi copa.

"Si yo sería…"

Cierro los ojos.

Mis alumnos tienen la gramática de quien aprende español viendo narcos en Netflix y pensando que con "pendejo" y "qué pasa, tío" ya dominan el idioma. Estoy a punto de escribir un comentario pedagógico que suene a sermón, cuando mi móvil vuelve a vibrar.

Frank: *Llegando. Puedes ir pidiendo el vino de la casa. Suelen poner un vino italiano bastante bueno. Pero solo pídete una copa.*

¿Por qué este tío es tan controlador? Siempre va diciendo lo que tengo que hacer o no. Ahora pienso pedirme dos. Doy un sorbo grande y sigo con mi copa. Con mis exámenes. Con mi dignidad haciendo equilibrios sobre una silla coja.

Oigo pasos en la escalera. Un abrigo rozando la pared. Un "excuse me" dicho con esa entonación neoyorquina que suena a orden disfrazada de educación.

Frank baja.

No viene en modo "vecino del 6B". Viene en modo "hombre que conoce este sitio". Saluda al camarero con un gesto pequeño, como si tuviera una segunda vida aquí. El camarero asiente. Nada de efusividad. Solo reconocimiento. Eso me irrita. ¿Por qué me irrita que él pertenezca a un lugar? ¿Qué clase de inseguridad es esta?

Se acerca a mi mesa y me mira los papeles.

—¿Trajiste exámenes? —dice, con una mezcla de admiración y condena.

—Soy una profesional —suena mejor que decir que la app me obliga a subir unos resultados de evaluación. O que vengo aquí a corregir exámenes porque mi apartamento tiene el encanto de una celda de castigo y la iluminación de un quirófano en huelga.

—Eres una mártir —corrige—. Vámonos.

—Estoy bien aquí.

—Sara. Vamos.

Mi nombre en su boca suena raro. No sé por qué, pero me pone nerviosa.

—¿A dónde?

—A una mesa que no cojea. —Y añade, con una media sonrisa—. Un pacto con el universo.

Me levanto con mi copa en la mano, los exámenes debajo del brazo, el bolso colgando como un órgano extra. Lo sigo por un pasillo estrecho. Pasamos junto a una pared con fotos antiguas en blanco y negro. Gente comiendo. Gente sonriendo. Gente que seguramente no está corrigiendo subjuntivos.

Su "mesa secreta" está en una esquina más recogida, con un banco tapizado que parece haber visto varias rupturas amorosas y al menos tres reconciliaciones. Hay una vela dentro de una botella, con la cera derramada como una herida bonita. La luz aquí es todavía más dorada. Más tramposa.

—¿Ves? —dice él—. Aquí el mundo no entra tanto.

—El mundo entra igual —digo—. Solo que con pasta.

Nos sentamos. El camarero le trae vino sin que hubiera mirado la carta. Como si lo conociera desde la infancia.

—¿Vienes mucho? —pregunto, intentando sonar indiferente. —Lo suficiente para que no me pregunten si quiero agua con gas o sin gas. —Me mira—. Odio el ruido de Manhattan.

Me quedo quieta, bolígrafo rojo en el aire.

—¿Perdón?

—Manhattan es… —busca la palabra— es una agresión constante. Todo el tiempo. Sirenas, obras, gente gritando "*I'm walking here*"

aunque nadie se lo esté impidiendo. —Se encoge de hombros—. El Upper West me parece un pacto con el universo. Sigues en la ciudad, pero la ciudad no te pisa la garganta todo el rato.

Le miro como si acabara de confesar que tiene alma.

Qué tragedia. Así que don perfecto también *sufre* la ciudad… Interesante.

—No pegabas con esa frase —digo.

—¿Con cuál?

—Con… cualquier cosa que suene a pensamiento.

Él se ríe, pero no con maldad. Se ríe como si le divirtiera que yo lo subestime.

—Tú tampoco pegas con traer exámenes a cenar.

—Yo pego con todo —miento.

Discuto con Frank para decirle que me voy a tomar más de una copa. Y las que hagan falta. El camarero trae una botella con más vino. Él me sirve. Lo hace con cuidado. Muy de cerca. Y aquí viene mi ruina.

Mientras él habla —algo de que su oficina está en Midtown y que prefiere caminar antes que subirse al metro si puede, y yo pienso "este hombre está loco o es rico"— yo hago un gesto con la mano. Un gesto mínimo. Un gesto español. Un gesto de "déjame explicarte".

Mi codo roza la base de la copa.

La copa se inclina.

Y el vino, ese tinto oscuro, cae en cámara lenta sobre el montón de exámenes como si fuera una maldición bíblica.

El vino se derrama. No un poco. No un goteo elegante. No. Se vuelca la copa entera sobre los exámenes como si alguien hubiera decidido que el tinto italiano necesitaba un lienzo donde expresarse.

—Joder. Joder. *Joder*.

Me levanto de un salto. La silla que no cojea chirría. Tres mesas me miran. Los exámenes están empapados. Tinta corrida. Manchas rojas que parecen escenas de crimen gramatical.

—No —susurro.

—Sara… —dice Frank, y su tono no es burlón. Es… alerta.

Yo miro los exámenes. El papel absorbe el vino con una rapidez indecente. El rojo se extiende, y por un momento parece un mapa: una mancha con forma de España, irónicamente. La patria, empapada.

—Me acabo de cargar el futuro académico de cinco personas —digo, con voz de funeral.

Frank se levanta rápido. Coge servilletas. Muchas. Me las planta delante como si estuviéramos en una sala de emergencias.

—No te quedes quieta. Absorbe, no frotes.

—¿Absorbe? ¿Qué eres, una enfermera intentando parar una hemorragia?

—Soy alguien que ha derramado café sobre documentos importantes. —Me mira—. Más de una vez.

Qué alivio saber que el señor perfecto también es humano. Aunque sea por torpeza controlada.

Empiezo a presionar servilletas sobre los exámenes. La tinta roja se corre. El bolígrafo rojo se convierte en acuarela. La vida, en general, también.

—Podemos… —digo, buscando una salida absurda— podemos decir que esto es… evaluación por acuarela.

Frank suelta una risa. Una risa real.

—¿Eso existe?

—A partir de hoy sí. Es pedagogía innovadora. Multisensorial. El alumno siente el trauma de la corrección. Es vanguardista. Es pedagógico. Es... una gilipollez, pero suena bien. "La mancha roja indica tu nivel de pasión por el español, Bradley. Enhorabuena, tienes un sobresaliente alto".

—Me encanta —dice él—. Eres un peligro. Eso parece un asesinato premeditado.

—El vino atacó primero.

Frank mira los papeles empapados y me pasa más servilletas y me dedica una expresión que no sé si es compasión o burla sofisticada.

—¿Necesitas más ayuda o prefieres seguir improvisando excusas pedagógicas?

—No necesito ayuda. Necesito una máquina del tiempo. O un exorcista para mi torpeza.

—El exorcista va a tardar. Pero podemos pedir algo de comer. Prometo no acercarme a los exámenes.

Me quedo callada. Más bien, los dos nos quedamos en silencio. Un silencio que no es incómodo, lo cual es peor. Porque los silencios

incómodos puedes romperlos con sarcasmo. Los silencios cómodos son peligrosos. Te hacen bajar la guardia.

Frank se inclina un poco hacia delante.

—¿Sabes lo que me gusta de este sitio?

—¿Que está oscuro y nadie te reconoce?

—Que parece un secreto. —Señala alrededor—. Nueva York está llena de secretos. Lugares que existen solo si sabes dónde mirar. Como ese bar detrás de la cabina telefónica. O esa librería de viejo en la calle 12 que huele a moho y a promesas rotas. O este sitio.

—Suenas a guía turística existencial.

—Y tú suenas a alguien que necesita que le enseñen más secretos.

Me quedo paralizada. ¿Es una propuesta? ¿Es una invitación? ¿Es Frank siendo amable o está jugando a algo que no entiendo?

—¿Me estás diciendo que tienes una lista de sitios secretos? —pregunto, con escepticismo profesional.

—Digamos que tengo... conocimientos locales.

—Qué misterioso. Eres como un agente del MI6 pero con mejor ropa.

El camarero aparece, nos ve el desastre y no se inmuta. Eso es Nueva York: nada te sorprende del todo, aunque los exámenes parecieran víctimas de una guerra.

Pedimos. Él pidió *Cavatelli* con cordero. Yo pedí *Gnocchi*, porque necesito cosas blandas que me consuelen.

—Seltzer para los dos—añade Frank.

El camarero asiente y trae agua con gas como si estuviera apagando un incendio elegante.

Seguimos secando papeles. Yo murmuro insultos en español. Frank entiende algunos. Eso me horroriza un poco.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Eso no era "nada". Sonó a… ¿"maldito sea"?

Cierro los ojos.

—Sabes demasiado.

—Sé poco. Pero aprendo. —Y entonces, con una seguridad irritante, suelta en español—: *Si yo fuera tú, pediría otra copa.*

Lo dice bien. Casi perfecto. El subjuntivo, correcto.

Le miro, estrechando los ojos.

—Eso está bien dicho.

—Claro que está bien dicho.

—No te crezcas.

—No me crezco. Solo… —se inclina un poco— …me gusta cuando me das una nota alta.

Ahí está. Subtexto. Como una bofetada suave.

Me quedo un segundo sin aire. Luego finjo que me concentro en los exámenes, como si el papel mojado fuera lo más interesante del mundo.

—Pues hoy llevas un… notable raspado —digo.

—¿Notable? —levanta una ceja—. Eso en mi país es como decir "me tolero".

—Exacto.

Nos miramos. En esa luz dorada, él parece menos irritante y más… atractivo. Yo parezco menos gruñona y más… peligrosa para mí misma.

La vela chisporrotea. La cera cae un poquito más por la botella. Afuera, el mundo sigue. Pero aquí dentro, por un rato, el ruido de Manhattan está amortiguado. Y eso, claro, no puede salir gratis.

Cuando por fin conseguimos salvar lo salvable, los exámenes huelen a vino como si fueran poetas bohemios. Los apilo de nuevo, con cuidado. Frank me pasa la copa nueva.

—Brindemos —dice— por la evaluación por acuarela.

—Brindemos —contesto— por no demandar al restaurante por daño emocional y existencial.

—Esa obsesión tuya con las demandas te hace ser tan… tan de aquí.

—Intento integrarme.

Él sonríe. Y no es una sonrisa de "te gano". Es una sonrisa de "vas bien".

Y eso me da más miedo que el metro bajo el East River.

Pagamos.

Nota mental: *¿Es normal en este país que no te inviten en una primera cita? ¿O realmente no era una cita? Tengo que consultarlo en Google.*

Salimos al exterior y es como si hubiéramos cruzado un portal hacia otro mundo. Desaparece la magia italiana y la calle nos golpea con frío y realidad. Caminamos juntos hacia el edificio como dos personas que no saben cómo llamar a lo que acaban de hacer. ¿Cena? ¿Accidente? ¿Tregua? ¿Corregir exámenes? ¿Pacto con el universo versión *low cost*?

En el portal, bajo la luz fea del vestíbulo, mi glamur desaparece. Vuelvo a ser yo. Mis medias bajadas. Mi pelo encrespado. Mis exámenes húmedos. Mi vida precaria.

Frank me abre la puerta del ascensor. Entra. Yo entro. Silencio.

—Oye —dice él, mirando mis papeles—. Si quieres, puedo ayudarte a… no sé… pasarlos a limpio. Escanearlos. Lo que sea.

—¿Tú? —me burlo, porque es mi forma de respirar—. ¿Vas a corregir el subjuntivo? ¿O pensabas meterlos en la lavadora con tu detergente caro? Esto no es una blusa.

—No. Pero han acabado casi igual. Acercarse a ti empieza a parecerse a un deporte de riesgo.

—¿Has dicho que quieres alejarte?

—Yo no he dicho eso.

El ascensor sube. El cable cruje. Mi corazón hace una cosa rara, como un salto pequeño.

Llegamos a mi planta. Se abren las puertas. Salgo.

—Buenas noches, Sara —dice él, y su voz suena… demasiado bien.

Camino hacia mi puerta, saco las llaves, peleo con la cerradura (temperamental, como yo). Entro. Dejo los exámenes en la mesa. Me quito el abrigo. Suspiro.

Y entonces me doy cuenta.

Querría cualquier cosa menos que se alejara.

Y eso es un problema. Un problema grave. Malo y pernicioso.

CAPÍTULO 8



El cielo sobre Lower Manhattan es una mancha de plomo. No es que esté nublado; es que las nubes se han rendido y ahora son simplemente una sábana sucia, húmeda, pegada al rascacielos del

One World Trade como una cortina mal colgada. Hace frío. Un frío con humedad que se te mete por el cuello del abrigo y te recuerda que, en invierno, Nueva York no tiene piedad.

Salgo del edificio de Federal Plaza con mi carpeta azul apretada contra el pecho como si fuera un salvavidas. He sobrevivido. Otra vez. He cruzado la puerta giratoria de cristal blindado, he pasado por el detector de metales (que siempre pita, no sé por qué), he esperado cuarenta minutos en una sala con sillas atornilladas al suelo y luces fluorescentes que zumban como mosquitos rabiosos, y he contestado a preguntas sobre mi intención de permanecer en el país. "¿Tiene usted intención de trabajar ilegalmente?" "No, señora." "¿Tiene usted intención de casarse con un ciudadano americano por conveniencia?" "No, señora." Lo recuerdo muy bien. Todo dicho con una cara neutra de supervivencia administrativa.

El viento me golpea en la cara nada más poner un pie en la calle. No es un viento normal. Es un viento con personalidad, con agenda política. Te empuja. Te escupe. Te cobra.

Las ráfagas hacen un sonido raro, como un *whooosh* de túnel, porque Manhattan es una caja de zapatos enorme y el viento del Hudson se pasea por las avenidas con la misma chulería que un tipo en patinete eléctrico. Esto no es una exageración: el agua te entra por el cuello del abrigo con puntería milimétrica, justo donde te hace sentir humana y frágil y con ganas de llamar a tu madre.

No es mi madre, pero he quedado en que Frank venga a recogerme. No quería dejarme sola ante otro día de papeles. No se fiaba de mí. Es algo programado. Planificado. Como una cita con el dentista, pero con más peligro. Y, sobre todo, no es una cita. Es algo… burocrático. Si consigo salir airosa ha prometido recompensarme enseñándome a pedir un cortado sin no morir en el intento. Porque yo, en mi brillante cerebro de española funcional, sigo pensando que “cortado” es una palabra universal.

Por orgullo nacional, había decido que no iba a esperar a Frank dentro. Porque yo no necesito que nadie me recoja. Yo soy independiente. Yo soy europea. Yo soy… una idiota.

Y entonces empieza.

La lluvia.

Con la lluvia, el cielo empieza a adquirir el color de una moneda de cuarto de dólar sucia, de esas que se quedan pegadas en el fondo del bolso entre migas de Pretzels y tickets del Duane Reade. No es una lluvia romántica de película de Woody Allen; es una lluvia horizontal, racheada, con mala idea, de esa que te entra por el cuello de la gabardina y te baja por la columna como un dedo helado.

Huele a asfalto recalentado, a frenazo de autobús de la MTA y a ese aroma agridulce de los puestos de perritos calientes que, con la humedad, se vuelve extrañamente denso. Los edificios están cortados por la mitad por una niebla mugrienta. Es una ciudad de gigantes sin cabeza.

Sigue lloviendo, parece como si alguien hubiera disparado una manguera gigante desde New Jersey. Las gotas son gordas, agresivas, y caen con una violencia que parece personal. "¿Pensabas salir sin paraguas, idiota?" dice cada gota.

Me pongo la capucha del abrigo, pero es inútil. La capucha es decorativa. Está diseñada para fotos de Instagram, no para supervivencia meteorológica.

Miro a mi alrededor. La gente corre. Algunos tienen paraguas de esos grandes, corporativos, con logos de bancos. Otros corren con periódicos sobre la cabeza, en plan años cincuenta. Yo no tengo nada. Solo tengo mi carpeta azul, que ya está empezando a arrugarse. Parece que las fuerzas del universo se han reunido para que todo lo que me rodea acabe mojado.

Me intento refugiar en una esquina. La esquina está cubierta por un andamio que gotea como un grifo deprimido. El suelo brilla negro, como si lo hubieran barnizado con petróleo. Los taxis levantan cortinas de agua al pasar y los buses articulados resoplan como bestias viejas. El semáforo peatonal me mira con esa mano roja de "NO CAMINES" que aquí significa: "haz lo que quieras, pero luego no llores".

Me meto en una tienda china y compro un paraguas de imitación *Hello Kitty* por cinco dólares. ¿Cuánto valdrán los originales?

El paraguas viene envuelto en plástico, como un triste pescado congelado. Lo abro dentro de la tienda sin querer (metedura de pata número uno, gracias), y el dueño me grita en su idioma con la misma energía que si yo hubiera intentado quemar su tienda.

—Sorry, sorry —digo, automática, humillada, empujando el paraguas hacia abajo como si fuera un animal rebelde.

Salgo.

Lo abro en la acera.

Y el viento lo revienta en el primer segundo.

No "se dobla". No "se invierte". No. El paraguas muere. Hace *clac* y se convierte en una flor de plástico deformada, con varillas al aire, enseñando sus tripas como un personaje secundario en una película de mafiosos.

Me quedo mirando el cadáver.

—Qué dignidad cero —murmuro. Lo tiro en una papelera, donde ya había otros dos paraguas cadáver.

La lluvia me aplaude en la cara.

El móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco, protegiéndolo con el cuerpo como si fuera un recién nacido.

Frank: *Estoy llegando. Esquina con Broadway. No te muevas.*

Que no me mueva, no, claro. Eso está *al otro lado* de la calle donde estoy, le grito absurdamente al móvil.

Estoy empapada y las gotas me resbalan por la nariz con una regularidad humillante. Siento el agua filtrándose por el cuello del abrigo, bajando por la espalda, llegando a sitios donde no debería llegar nunca.

Y entonces llega el momento: tengo que cruzar la avenida.

Es ancha. Ancha de verdad. De esas que parecen diseñadas para recordarte que aquí todo es grande: las calles, los edificios, las porciones de pizza y tus inseguridades.

Cruzo la avenida en el último segundo del "*Don't Walk*" parpadeante. Y entonces ocurre.

Hay un charco negro justo en el borde del paso de cebra. En esta ciudad, los charcos son engañosos: parecen una película fina de agua sobre el asfalto, pero a veces son portales a otra dimensión. Meto el pie derecho y el agua me llega por encima del tobillo. Es un bautismo de aceite, hollín y vete a saber qué fluidos urbanos. El frío me corta la respiración. La rodilla empieza a flojear.

Y entonces lo veo.

Frank se acerca con un paraguas de golf. Un paraguas enorme, negro, profesional, de esos que parecen diseñados para aguantar huracanes. Un paraguas que podría proteger a una familia pequeña o a un equipo de rugby. Lleva su abrigo impecable (¿cómo es posible que ni siquiera esté mojado?), los zapatos brillantes (otra vez,

¿cómo?), y esa expresión de "yo controlo la situación" que me da ganas de pegarle y besarle a la vez.

Se acerca a mí con pasos largos, seguros, como si la lluvia no existiera para él.

—Estás empapada —dice. No es una pregunta. Es un diagnóstico.

—Qué observador —contesto, secándome la cara con la manga mojada, lo cual, obviamente, no sirve de nada.

—Te dije que esperaras dentro.

—Y yo te dije que no necesitaba que me recogieras. Solo quería que me enseñaras a pedir un café.

—Más bien me dijiste que no necesitabas ayuda para pedir un café. Y, sin embargo —levanta el paraguas sobre los dos—, aquí estamos.

El enorme paraguas nos cubre. De repente, el mundo se silencia un poquito. El ruido de la lluvia sigue ahí, pero amortiguado, como si alguien hubiera bajado el volumen de la ciudad. Estamos en una burbuja. Una burbuja ridícula, mojada, incómoda, pero una burbuja, al fin y al cabo.

—¿El visado? —pregunta él, mientras esquivamos a un tipo que intenta vendernos fundas de móvil en mitad del diluvio.

—Más papeles. Más sellos. Creo que me van a pedir una muestra de ADN y el nombre de mi primer perro antes de darme el permiso definitivo — gruño, aunque en el fondo me reconforta que lo pregunte.

—Con el tiempo que hace, ¿qué te parece si suspendemos el café?

—Me parece bien. Demasiado riesgo para el mismo día.

—¿Lista para volver a casa? Tenemos que cruzar —dice él, señalando hacia Broadway—.

—¿Ahora? ¿Cruzar otra vez?

—O eso o esperamos a que pase.

Miramos al cielo. El cielo nos devuelve la mirada con indiferencia meteorológica. El frío y la lluvia no van a parar. Esto es el invierno en Nueva York. Esto es lo que hay. Territorio hostil para los humanos.

—Vale —digo resignada—. Vamos.

Empezamos a caminar. Él sostiene el paraguas con una mano, alto, firme. Yo me pego a su costado porque no me queda otra. Física pura. Supervivencia. Nada más.

La avenida es ancha. Demasiado ancha. En este momento, Broadway parece el océano Atlántico con semáforos. Empezamos a cruzar por el paso de cebra. Un taxi amarillo pasa a toda velocidad y levanta una ola. Una ola literal de agua sucia, gris, con restos de algo que prefiero no identificar. Nos salpica.

—¡Joder! —grito.

Frank se ríe. Una risa corta, seca, pero real.

—Bienvenida a la ciudad.

—Ya estaba en la ciudad, gracias.

—No del todo. No hasta que un taxi te bautiza.

Seguimos caminando. El viento sopla con fuerza y el paraguas se dobla un poco. Frank lo sujeta con las dos manos ahora, inclinándolo contra el viento. Yo me agarro a su brazo. No por romanticismo. Por gravedad. Porque si no me agarro, el viento me lleva a Harlem.

Llegamos a la otra acera. El agua corre por los bordes, formando riachuelos que bajan hacia las alcantarillas. Hay un charco. Otro charco a una dimensión desconocida. Un charco negro, profundo, que parece poco profundo hasta que metes el pie. Lo sé porque acabo de meter el pie. Otra vez.

El agua me llega hasta el tobillo. Está fría. Está sucia. Está llena de resentimiento urbano.

—¡Joder! —repito, porque no tengo otras palabras.

Frank me mira. Está intentando no reírse. Lo veo en sus ojos. Esa chispa de diversión que está conteniendo con toda su fuerza de voluntad.

—No te rías —le advierto.

—No me estoy riendo.

—Sí que te estás riendo. Por dentro. Lo noto.

—Está bien —dice, y entonces se ríe. Una risa abierta, limpia, que me desarma por completo—. Es que... pareces un perro callejero.

—¿Perdón?

—Un perro mojado. Con dignidad, eso sí. Pero mojado.

Le miro con odio. Un odio que no es odio del todo. Es algo más complicado. Algo que incluye ganas de pegarle, de reírme, de llorar, y de dejar que me siga tapando con su paraguas ridículamente grande.

Seguimos caminando. Nos pegamos más. En parte porque el paraguas no da para tanto espacio. En parte porque el viento nos empuja. En parte porque, y esto me niego a admitirlo en voz alta, su cercanía me calma.

Huele a sándalo. Otra vez. Ese olor limpio, ordenado, que choca con mi olor a lluvia y estrés acumulado.

El momento parece perfecto. Pero no es perfecto. Porque mientras caminamos, noto su brazo rozando el mío. Noto el calor de su cuerpo a través del abrigo mojado. Noto que me está mirando de reojo, como si quisiera decir algo, pero no supiera cómo.

Y entonces pasa.

Una ráfaga de viento. Más fuerte. Más cabrona. El paraguas se invierte. Se dobla hacia arriba como una flor ridícula, mostrando sus varillas de metal que se retuercen con un sonido patético.

—Mierda —masculla Frank.

—¿Qué pasa?

—El paraguas —dice, intentando enderezarlo—. Se ha rendido.

Lo miro. El paraguas ahora parece un murciélago muerto. Las varillas rotas apuntan en todas direcciones. El tejido cuelga como una bandera derrotada.

Así que sus paraguas también se rompen y también suelta tacos. ¿Quién parece ahora un perro mojado?

—¿Era caro? —pregunto.

—No especialmente. Pero era funcional.

—Ya no lo es.

—Gracias por la observación.

Nos quedamos parados en medio de la acera, bajo la lluvia que ahora cae sin piedad sobre nuestras cabezas. Frank intenta cerrar el paraguas. Es imposible. El paraguas ha muerto.

—Déjalo —le digo.

—No puedo dejarlo aquí. Es basura.

—Frank. Es basura con varillas de metal. Déjalo en ese contenedor.

Señalo un contenedor de basura verde que está a dos metros. Él mira el paraguas. Mira el contenedor. Suspira. Y entonces, con una solemnidad ridícula, camina hasta el contenedor y lo tira dentro.

—Descansa en paz —dice.

—¿Le has hecho un funeral al paraguas?

—Merecía un cierre digno.

—Yo tiré el mío en una papelera. Un cementerio *low cost.* Me costó 5 dólares.

Él no contesta. Nos miramos. Estamos empapados. Completamente empapados. Mi pelo gotea. Su pelo, que normalmente está peinado con esa perfección irritante, ahora tiene un mechón pegado en la frente. Parece humano. Parece real.

—Al metro —dice Frank, como si fuera una orden de evacuación—. Si nos quedamos aquí, nos rehidratan hasta el alma.

Bajamos a la estación más cercana, tragándonos el olor a hierro mojado y a humanidad cansada. En el torno, Frank pasa el móvil con una calma ofensiva (OMNY: la gente rica no busca monedas, invoca puertas). Yo intento rescatar mi MetroCard del monedero empapado y la tarjeta se me pega a los dedos como una loncha de queso triste.

Nos subimos al 1. Varias paradas hacia arriba. El vagón va caliente y pegajoso, y yo goteo como una planta mal cuidada. Frank se queda de pie a mi lado, demasiado cerca por culpa del gentío, fingiendo

que no me está "protegiendo" con el cuerpo ahora que el paraguas ha pasado a mejor vida.

Cuando salimos por la boca de Broadway más cercana a nuestro apartamento, el viento nos da la bienvenida como un matón con prisa. Y entonces echo a correr.

—¡Vamos! —grito.

Él me sigue. Corremos por Broadway como dos idiotas mojados. La gente nos mira desde los portales, desde las cafeterías, desde los taxis que pasan. Nos miran como si fuéramos personajes de una película mala. Una comedia romántica de esas que nunca te tomarías en serio.

Llegamos al edificio. Nuestro edificio. El portal con la luz fea, las escaleras con olor a desinfectante, el ascensor que cruje.

Frank saca las llaves. Abre la puerta del portal. Entramos. El agua resbala de nuestros abrigos y forma charcos en el suelo de mármol falso. Respiro agitada. Él también. Nos miramos.

—Estás hecha un cuadro—dice él, pero lo dice con ternura. Con una ternura que no sabía que tenía.

—Tú también —contesto.

Y es verdad. Está mojado, despeinado, tiene los zapatos empapados, y aun así sigue siendo irritantemente atractivo. ¿Cómo es posible?

Subimos las escaleras. El ascensor nos parece demasiado lento para el estado en el que estamos. Necesitamos movernos. Necesitamos calor. Necesitamos quitarnos esta ropa que pesa como una condena.

Llegamos a mi planta. Saco las llaves con dedos temblorosos. Están mojadas. Todo está mojado. Intento meter la llave en la cerradura. Fallo.

—Mierda —susurro.

—Déjame —dice Frank, acercándose.

—Yo puedo.

—Sara. Déjame.

Me hago a un lado. Él coge mis llaves. Sus dedos rozan los míos un segundo. Están fríos. Pero el roce es cálido. Eléctrico. Como si hubiera pasado una chispa entre los dos.

Mete la llave. La gira con cuidado. La cerradura cede. Abre la puerta.

—Ya está —dice, devolviéndome las llaves.

—Gracias —digo. Y lo digo en serio. No con sarcasmo. No con ironía. Con una sinceridad que me duele.

Nos quedamos ahí, en el umbral. Él en el pasillo. Yo en la puerta de mi apartamento. El agua sigue goteando de nuestros abrigos. El silencio es denso, cargado, como si el aire estuviera esperando algo.

—Deberías cambiarte —dice él, mirando mi ropa empapada.

—Sí.

—Y secarte el pelo.

—Sí.

Pero no me muevo. Y él tampoco.

—Sara —dice, y mi nombre sigue sonando raro en su boca. Suena a algo que no sé cómo llamar.

—¿Qué?

—Nada. —Se pasa una mano por el pelo mojado—. Solo... cuídate.

—¿Cuidarme? —me burlo, porque es mi forma de no derrumbarme —. Frank, acabo de cruzar una avenida bajo una tormenta con un paraguas suicida. Ya me estoy cuidando.

Él sonríe. Esa media sonrisa que me pone nerviosa.

—Ya veo. Te debo ese cortado para cuando salga el sol. Si es que vuelve a salir.

Se da la vuelta. Empieza a subir las escaleras hacia su apartamento. Lo veo alejarse. Veo su espalda mojada, sus hombros anchos, su forma de caminar que parece decir "yo tengo todo bajo control, aunque mi paraguas haya muerto".

Entro en mi apartamento. Cierro la puerta. Me apoyo contra ella. Respiro.

Y entonces me viene el olor.

Huele a lluvia y a sándalo.

El olor de mi abrigo mojado mezclado con el suyo.

Y tengo ganas de llorar.

Tengo ganas de llorar y no sé por qué.

No es por la lluvia. No es por el frío. No es por la carpeta azul arrugada que ahora está sobre la mesa como un cadáver de burocracia.

Es por él.

Por cómo me ha cubierto con el paraguas. Por cómo me ha abierto la puerta. Por cómo ha dicho mi nombre. Por cómo me mira como si viera algo en mí que yo no veo.

Y eso me da más miedo que cualquier tormenta.

Porque algo malo. Algo pernicioso. Está pasando.

Y esta vez no es la ciudad.

Soy yo.

Abro la *app* de la academia.

CANCELAR CLASES MAÑANA. Motivo: Fuerza mayor. (O un resfriado del copón que se avecina, lo que el sistema prefiera).

Respuesta del sistema: *Agenda reasignada. La penalización será descontada de su nómina.*

CAPÍTULO 9



Amanezco con la garganta como si me hubiera tragado una alfombra. No una alfombra bonita de catálogo escandinavo, no. Una alfombra de pasillo de hotel barato: vieja, con polvo ancestral y un

olor a “nadie ha pasado la aspiradora desde la administración de Obama”.

La lluvia de ayer no me ha empapado: me ha *reprogramado*. Me duele el pelo. Me duele la nariz por dentro. Me duelen los huesos como si alguien los hubiese metido en una secadora a “extra hot” con una moneda de más. Cada vez que respiro, mi pecho hace un sonido que no es tos del todo, es más bien un gato ofendido intentando arrancar un motor. Tengo mocos, fiebre de 38, y esa sensación de que tu cuerpo es un trapo húmedo que alguien ha escurrido con saña. Respiro por la boca. La nariz parece un adorno decorativo.

En mi apartamento, el patio interior ruge lo mismo de siempre, claro. Los aires acondicionados no creen en el resfriado. Ellos siguen con su trepidación prehistórica, como si fueran el corazón mecánico de Manhattan bombeando aire sucio por pura maldad. Yo me arrastro por el parqué astillado en calcetines, envuelta en un abrigo de felpa que en España sería “ropa de estar por casa” y aquí es “un testimonio judicial”.

Me preparo un té. O lo intento. El agua sale de mi grifo con una presión triste, como si el edificio también estuviera resfriado. La taza huele a limón, pero mi nariz no lo capta; mi nariz hoy es un adorno rojo, ornamental, inútil. Me miro al espejo y parezco una versión low cost de mí misma: ojos llorosos, labio seco, y esa cara de “yo no me he venido a Nueva York para esto” que, según empiezo a sospechar, es el lema oficial de la ciudad.

He cancelado clases. Ayer la app me penalizó por enfermar, como si el sistema dijera: *“¿Que tienes fiebre? Genial. Multa.”* Sinceramente, empiezo a creer que el sueño americano incluye pagar por estornudar. Y ahora, porque el universo tiene un sentido del humor cruel, me toca bajar a la lavandería.

La ropa sucia ha empezado a desarrollar personalidad propia en la cesta. Hay un calcetín que juraría que se ha movido solo esta mañana. O quizás es la fiebre residual hablando.

Bajo al sótano con una bolsa de lona barata (comprada en un bazar chino de Canal Street por 8 dólares) que pesa como mi dignidad y con el cuerpo envuelto en capas: camiseta vieja, leggings, sudadera, y un moño improvisado que parece un nido de palomas con depresión. Meto una mano en el bolsillo y saco un pañuelo de papel. Está húmedo. No sé si por la lluvia residual o por mi propia humanidad. Me da asco. Lo vuelvo a meter. (Decisiones excelentes, Sara.)

El pasillo hacia el sótano está frío. Las paredes son de ese blanco amarillento de "pintura barata + humedad + resignación". La luz parpadea. La puerta metálica de la lavandería tiene una pegatina medio despegada de "NO SMOKING" como si alguien en algún momento hubiera pensado: *"¿Y si aquí abajo, entre secadoras, montamos un club de jazz con cigarrillos?"*

Empujo la puerta con el hombro, porque soy europea pero también soy práctica cuando estoy medio moribunda.

Y me golpea el calor.

Ese calor húmedo de secadoras en invierno que te envuelve como un abrazo industrial. Reconfortante, sí… pero con el aroma de suavizante ajeno y detergente que ha vivido demasiadas vidas. La lavandería del edificio siempre ha sido una mezcla de sauna pobre y quirófano triste: vapor, metal, lejía, y un zumbido constante que parece el sonido de la ciudad masticando gente.

El sótano huele a humedad y a suavizante industrial. Es un olor reconfortante, en parte porque me recuerda que la ciudad sigue funcionando, aunque yo haya estado desconectada del mundo, tirada en mi cama como un pingüino moribundo. Las paredes de cemento sudan. Las tuberías crujen. El fluorescente del techo

parpadea de forma epiléptica y me recuerda que este sitio fue construido antes de que existieran las normas de seguridad.

Hay cuatro lavadoras y cuatro secadoras. Todas con esa pegatina de instrucciones que nunca coincide con la realidad. El suelo tiene manchas antiguas, círculos grises de agua derramada que ya son parte del patrimonio cultural del sótano.

Una de las lavadoras tiene un cartel: "OUT OF ORDER. DO NOT USE". Escrito a mano, con Sharpie negro. Lleva ahí dos semanas. Nadie lo va a arreglar. Esta es Nueva York: las cosas se rompen y se quedan rotas hasta que alguien con suficiente dinero decide que le molestan.

Y en la pared, justo encima de la mesa de plástico donde la gente dobla la ropa como si estuviera negociando tratados de paz, hay una nota.

Una nota nueva.

Impreso. En mayúsculas. Con un celo mal puesto en cada esquina.

PLEASE BE CONSIDERATE.

REMOVE YOUR ITEMS PROMPTLY.

CLEAN THE LINT TRAP.

THIS IS A SHARED SPACE.

La leo una vez. La leo dos.

Y mi cerebro, resfriado pero creativo, hace lo que mejor se le da: paranoia.

¿*BE CONSIDERATE*? ¿Considerada? ¿Perdona? ¿A quién le está hablando esta hoja? ¿A mí? ¿A mi bolsa de ropa? ¿A mi cara congestionada? ¿A mi historial de vida entera?

Esto no es una exageración: en Nueva York cualquier frase neutra puede sonar a amenaza. Un "*have a nice day*" puede significar "te vigilo". Un "*excuse me*" puede significar "apártate o te arrollo". Y un "*PLEASE BE CONSIDERATE*" en una lavandería puede significar: *"Sara, eres una vergüenza como ser humano y además dejas pelusa."*

Me acerco a la nota como si fuera una citación judicial. La huelo. No huele a nada. A tinta, quizá. A superioridad. A ese pasivo-agresivo limpio que tienen las comunidades de vecinos cuando alguien ha dejado una secadora ocupada durante una hora y media.

Mi primera idea es arrancarla. Mi segunda idea es escribir debajo con rotulador: "YO SOY CONSIDERADA, LO QUE PASA ES QUE ESTOY ENFERMA Y VUESTRO SISTEMA DE VENTILACIÓN ES DEL PLEISTOCENO."

Mi tercera idea es toser encima, como venganza biológica. Pero eso sería terrorismo vírico y, además, tengo valores.

Respiro. Bueno. Intento respirar. Sueno como una armónica rota.

Me pongo a trabajar.

Abro mi bolsa y separo blancos y colores con un instinto de supervivencia doméstica. Camisetas blancas, calcetines claros, una toalla, una sudadera gris, y… mi ropa interior. Mis bragas. Mis bragas son un tema. No tengo muchas. Y hoy, por alguna razón misteriosa, aparece entre los blancos una pieza roja.

Roja.

Rojo pasión. Rojo "compré esto en un momento de optimismo irracional pensando que mi vida sería diferente". Rojo "yo soy una mujer segura de mí misma" (mentira). Rojo "si alguien ve esto, creerá que tengo una vida sexual activa" (más mentira). No recuerdo haberlas metido ahí. No recuerdo muchas cosas ahora mismo, en

parte porque mi cerebro está ocupadísimo produciendo mocos como si fueran petróleo.

Las saco y las miro con odio.

—Tú no —les digo en voz baja, porque claramente esto es normal.

Las aparto. Las dejo encima de la lavadora. Ahí. Seguras. Controladas.

Me vuelvo, meto los blancos en la lavadora número 2, echo detergente, cierro… y cuando giro para coger las bragas rojas y meterlas con los colores, ya no están.

No están.

Me quedo quieta. La fiebre me hace un zoom mental. Miro encima de la lavadora. Nada. Miro en la mesa. Nada. Miro en el suelo. Nada.

Y entonces, como una escena de crimen, veo un borde rojo asomando dentro de la lavadora número 2.

No puede ser.

Me acerco. Miro el interior.

Ahí están.

Dentro.

Con los blancos.

Como una agente infiltrada.

Me quedo mirando ese rojo como si fuera una declaración de guerra. Quiero creer que puedo arreglarlo. Quiero creer que puedo sacar la prenda, reiniciar, fingir que nada ha pasado.

Pero claro, en Nueva York la vida no te deja deshacer.

La lavadora hace clic. Empieza.

La puerta se bloquea.

Y mis bragas rojo pasión empiezan a girar con mis camisetas blancas como si fueran el tambor de una ruleta rusa.

—Mierda. No… —susurro, y mi voz sale nasal, patética, de personaje secundario en una película de catástrofes.

Me quedo frente al cristal viendo el agua volverse ligeramente rosada. Primero es un tono tímido, como un *blush*. Luego, con cada giro, se intensifica. El tambor da vueltas y el rojo se desangra con alegría.

Los blancos se rinden.

Mis camisetas se tiñen.

Mis calcetines se convierten en *salmoncito corporativo*.

Esto no es una exageración: veo cómo mi vida se vuelve rosa en tiempo real. Y yo, enferma, sin energía, me apoyo en la pared como si acabara de ver un accidente de tráfico.

Es en ese momento cuando oigo la puerta.

El chirrido metálico.

Y unos pasos.

No necesito mirar para saber quién es. Hay pasos que pertenecen a la gente normal y pasos que pertenecen a Frank: medidos, seguros, como si el sótano le debiera respeto.

—Sara.

La voz me llega por detrás, grave, limpia, y yo siento una irritación absurda porque él no está resfriado. Él siempre parece diseñado por un comité de marketing.

Me giro.

Frank está ahí con una bolsa de lona y una funda de almohada blanca doblada como si viniera de una sesión de fotos. Lleva abrigo oscuro, el pelo impecable, y ese olor a sándalo que me está empezando a dar problemas en el sistema nervioso.

Sus ojos bajan a mi cara. A mi nariz roja. A mi moño-bicho. A mi postura de *gremlin*.

—Estás fatal —dice, sin crueldad. Como un diagnóstico simple.

—Gracias por el informe médico, doctor Molina —respondo, y mi sarcasmo sale con congestión, como si tuviera espuma en la garganta.

—¿Quién es ese Molina?

—No importa.

—Te oí toser hace dos noches. Sonaba... apocalíptico.

—Gracias. Muy reconfortante.

—¿Fuiste al médico? Me refiero a uno de verdad…

—Molina es de verdad. Pero no. Me automediqué con ibuprofeno y Netflix. Funciona igual de bien y es más barato.

Él mira la nota de la pared.

—Ah, han vuelto a poner el manifiesto de la lavandería.

—¿Han vuelto? —pregunto, indignada, como si me hubieran puesto una multa por existir—. O sea que esto es… ¿una tradición?

Frank asiente, deja su bolsa en la mesa y se acerca a la lavadora. Mira el cristal. Mira el agua rosada. Mira el pequeño borde rojo bailando con mis camisetas.

Levanta una ceja.

—No.

Yo cierro los ojos.

—Sí.

—¿Has metido… eso… con los blancos?

—No lo he metido. Se ha infiltrado. —Señalo la prenda como si fuera un espía—. Ha sido una operación encubierta.

Frank suelta una risa breve. No se burla. Le hace gracia de verdad. Y eso, por alguna razón, me molesta más que el rosa.

—Vale. —Se arremanga un poco, como si fuera a operar—. No está todo perdido.

—Mis blancos están literalmente teñidos de vergüenza.

—Hay un truco.

—Claro que hay un truco. En esta ciudad siempre hay un truco. Y siempre cuesta dinero.

Frank mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca… una bolsita pequeña. Como un sobre de té, pero con letras.

—Color *catcher* —dice.

Me lo enseña.

—¿Llevas eso encima?

—Siempre.

—¿Siempre? ¿Qué eres? ¿Un soltero preparado para el apocalipsis textil?

—Soy un neoyorquino que ha aprendido por las malas. —Me mira—. Y tú… acabas de aprender por las malas.

Quiero ofenderme. Pero toso. Una tos fea. De señora de 70 años en una novela rusa. Me doblo un poco y siento cómo me sube el calor a la cara.

Frank, en vez de hacer comentario, se mueve hacia mí con un gesto automático, como si fuera a sostenerme. Se detiene a medio camino. Yo lo noto. Él también lo nota. Hay un silencio raro, cargado, como electricidad estática pero emocional.

—Estoy bien —digo rápido, como si mi orgullo fuera un órgano vital.

—Claro. —No me discute. Eso me desarma un poco.

La lavadora gira y el agua rosa hace un remolino. Mis camisetas dan vueltas como si fueran chicle.

Frank se agacha frente a la máquina, mira el panel, y con una calma insultante pulsa un botón.

—Cuando termine, re-lavas en frío con esto —me explica, agitando el sobre—. Y sin secadora hasta que hayas repetido. Si metes el rosa en calor… lo fijas. Y ya es para siempre.

—Como los traumas —murmuro.

—Exacto —dice él, y su sonrisa es mínima, pero está.

Me quedo mirándole las manos. Manos de abogado: uñas limpias, dedos largos, sin anillos. Manos que, sin embargo, están ahora hablando de detergente y supervivencia doméstica. No me gusta que esto me parezca… íntimo. No me gusta nada.

Me apoyo en la mesa de doblado y siento el calor húmedo de las secadoras en la espalda. Es raro: es como si la lavandería fuese un útero metálico. Un lugar feo, pero cálido. Y yo, con fiebre, estoy más blanda. Guardias bajas. Todo mal.

Frank abre su bolsa y saca una sábana bajera blanca. Una de esas con goma que, en mi opinión, fueron inventadas por alguien que odiaba a los humanos.

La extiende sobre la mesa.

—Voy a doblar esto antes de que llegue alguien y me robe el espacio — dice, y mira la nota de "*PLEASE BE CONSIDERATE*" como si fuera un enemigo viejo—. Aquí abajo hay jerarquías.

—¿Jerarquías?

—Sí. Los que limpian el filtro de pelusa son la aristocracia.

Señala la secadora. Me fijo en el filtro de pelusa: hay un pequeño cartelito: "*CLEAN LINT TRAP AFTER EACH USE*". Y al lado, un montón de pelusa gris que alguien ha dejado como ofrenda.

Detalle raro número uno: la pelusa tiene una textura casi orgánica, como si fuera el pelo de un animal pequeño. Me dan ganas de pedirle perdón a la naturaleza por esto.

Frank empieza a doblar la sábana.

Yo me río por dentro, porque nadie dobla una sábana bajera. La gente la hace bola y la mete en el armario como un secreto oscuro. Es el pacto social: fingimos que se dobla, pero nadie lo hace.

Frank, en cambio, hace algo… técnico.

Mete una mano en un rincón, busca otro rincón, junta las esquinas como si estuviera resolviendo un cubo de Rubik de tela.

—No —digo, sin querer.

Él me mira.

—¿Qué?

—Nada. Es que… —me señalo la garganta, el resfriado, la fiebre—. Estoy alucinando.

—No estás alucinando. Mira.

Me coloca frente a él, al otro lado de la mesa.

—Mete la mano aquí —me indica—. Busca la esquina. Sí. Eso. Ahora junta con la otra.

Obedezco. Mis dedos entran en la tela tibia. La sábana está caliente por haber estado junto a las secadoras. Huele a limpio caro. Huele a "yo tengo mi vida medio controlada".

Y entonces mis dedos rozan los suyos. Una vez más.

Un roce mínimo. Nada. Una tontería.

Pero mi cuerpo decide reaccionar como si hubiera tocado un cable pelado.

Se me eriza la piel del brazo. Me quedo un segundo quieta, respirando mal, con la nariz estúpida.

Frank también se queda quieto. No retira la mano rápido. No hace chiste. Solo… sostiene el contacto un segundo más de lo necesario.

Silencio.

El zumbido de las máquinas se vuelve más fuerte. El calor húmedo se pega a la nuca. Mis ojos, por culpa del resfriado, están brillantes, y odio que parezca que voy a llorar.

—Estás temblando —dice él, bajito.

—Es fiebre —miento. O quizá no. No lo sé con certeza.

Frank aparta la mano despacio. Como si el movimiento tuviera consecuencias. Traga saliva.

—Vale. —Su voz vuelve al modo normal—. Entonces lo hago yo.

Y lo hace.

Dobla la sábana bajera.

La dobla bien.

En un rectángulo limpio, perfecto, humillante.

Detalle raro número dos: al doblarla, la goma hace un pequeño *snap* suave, como una coletilla en el aire. Ese sonido, ridículo, me da una paz absurda. Como si el universo, por un segundo, estuviera en su sitio.

Me quedo mirando el rectángulo.

—¿Qué clase de infancia tuviste? —pregunto, intentando recuperar el sarcasmo—. ¿Te criaron monjes? ¿Un internado suizo? ¿Un culto doméstico?

Frank sonríe.

—Mi madre tenía una regla: "si puedes defender un caso, puedes doblar una sábana". —Hace una pausa—. Y mi madre no aceptaba

excusas.

Eso me da una punzada rara en el pecho. No por romanticismo barato, sino porque de pronto Frank tiene… origen. Vida. Historia. No solo perfume caro y cara de "yo siempre llego a tiempo".

Yo toso otra vez, más flojo. Me limpio la nariz con la manga y siento que estoy a un paso de convertirme en un meme humano.

Frank mira mi gesto.

—Te estás cuidando fatal.

—Estoy sobreviviendo.

—En Nueva York no es lo mismo.

Me quedo callada, porque tiene razón y eso es insoportable.

La lavadora hace un pitido. Termina su ciclo.

Yo me acerco con miedo.

Abro.

Y saco mis prendas: la camiseta blanca ahora es rosa pálido, los calcetines parecen de bebé, y la toalla tiene un tono "flamingo deprimido". Mis bragas rojas salen triunfantes, como si nada. Como si hubieran ganado.

—Perfecto —digo, con una calma falsa—. Ahora voy a parecer una profesora de español que trabaja en una pastelería.

Frank me da el sobre de color *catcher*.

Sus dedos vuelven a rozar los míos.

Y esta vez me doy cuenta de algo horrible: no me molesta. Me calma.

Algo malo. Algo pernicioso.

—Gracias —digo, y mi voz suena más baja de lo que pretendía.

—De nada, Sara.

Dice mi nombre como si fuera normal decirlo. Como si no me desarmara.

Me mira un segundo más. Sus ojos no van a mis ojeras ni a mi moño horrible. Van a mí. A lo que soy cuando no estoy gruñendo.

Yo aparto la mirada hacia la nota de "PLEASE BE CONSIDERATE", porque es más fácil enfadarse con un papel que con un hombre.

—Odio esta nota —confieso, como si fuera una debilidad.

Frank la mira también.

—Es el código del sótano —dice—. Aquí abajo todos fingen que son civilizados. Y luego se roban las secadoras.

—¿Te han robado una secadora?

—Me robaron una vez una funda de almohada. —Se encoge de hombros—. Desde entonces, soy aristocracia de filtro de pelusa.

Yo suelto una risa tonta. Y mi risa suena enferma. Y me da vergüenza. Y, aun así, no paro.

Frank me observa como si ese sonido le sorprendiera.

Yo me limpio la nariz otra vez. Mis ojos pican.

Y, sin pedir permiso, pienso: *qué peligroso es que alguien te vea en baja resolución.*

Frank recoge su sábana doblada, la mete en su bolsa con una delicadeza obscena, y antes de irse se queda un segundo en la puerta.

—Re-lava en frío. Dos veces si hace falta. Y no uses secadora todavía.

—Sí, señor.

—Y… —duda—. Bebe algo caliente.

Mi pecho hace una cosa rara. Una especie de "gracias" que no sabe salir.

—Claro —digo, y me odia un poco mi propio tono.

Frank asiente, abre la puerta, y el aire frío del pasillo se cuela un segundo en la lavandería como un recordatorio de que el mundo sigue siendo hostil.

Se va.

Yo me quedo con mi colada rosa, mi resfriado del copón y el sobre mágico en la mano.

Pienso en la sábana que él ha doblado antes de marcharse, perfecta, como un insulto. Luego miro mis camisetas rosadas, como una derrota.

Y pienso, sin poder evitarlo:

"Sabe doblar sábanas bajeras. ¿Qué clase de brujería es esta?"

CAPÍTULO 10



Nueva York tiene un trastorno de personalidad bipolar. Después de tres días de lluvia gris y humedad que te cala los huesos, hoy el cielo es de un azul insultante, limpio, crujiente. Es ese tipo de día de

invierno neoyorquino en el que el sol brilla tanto que necesitas gafas oscuras, pero el viento te corta la cara como si te hubiera abofeteado un exnovio.

Yo ya no soy un mapache enfermo. He resucitado.

Hoy celebro mi vuelta a la vida de los seres vertebrados funcionales. Me he duchado, me he puesto unos vaqueros que no me cortan la circulación (demasiado) y he salido a por el Santo Grial de la recuperación: un *bagel* con *cream cheese* y salmón de *Zabar's*.

Camino rápido. Me siento invencible. Esquivo a un turista que se ha parado en mitad de la acera a fotografiar una ardilla (nota mental: *es una rata con mejor marketing, amigo*), salto sobre las rejillas del metro que escupen vapor como un dragón con asma y respiro el aire helado. Por primera vez en casi dos meses, no me siento una intrusa. Me siento parte del engranaje. La ciudad ruge, y yo rujo con ella, aunque sea bajito y con acento español.

Llego al portal de mi edificio con mi bolsa de papel marrón grasienta, mi trofeo. Y allí está. Hay un sobre amarillo en el buzón. Lo sé antes de abrir la puertecita de metal oxidado porque reconozco la forma rectangular, la etiqueta blanca con mi nombre mal escrito y ese sello oficial que dice "U.S. CITIZENSHIP AND IMMIGRATION SERVICES" en azul marino. Como si el azul marino hiciera que la burocracia fuera menos aterradora.

El sobre pesa. No mucho, pero lo suficiente para que notes que dentro hay decisiones, consecuencias, futuros posibles. Lo aprieto contra mi pecho. Mi corazón late demasiado rápido. El vestíbulo huele a limpiador industrial con aroma a pino (mentira: huele a químicos que pretenden ser pino). La luz que entra por la puerta de cristal es gris, difusa, como si el día no se hubiera decidido todavía.

Llamo al ascensor, pero me canso de esperar. Subo las escaleras despacio. Paso por la segunda planta. Por la tercera. Por la cuarta.

Las piernas me pesan. No por el esfuerzo físico, sino por esa sensación de que la ciudad está afilando el cuchillo.

Llego a mi puerta. Saco las llaves. La cerradura cede a la primera (milagro). Entro. Cierro. Me apoyo contra la puerta. Respiro.

Y entonces rompo el sobre.

Dentro hay un montón de papeles en formato oficial que darían para escribir al menos dos libros. Es una nueva citación para el Federal Plaza, pero a diferencia de las anteriores parece una especie de ultimátum.

Tengo cuarenta y ocho horas.

Cuarenta y ocho putas horas para arreglar mi vida.

Me siento en el suelo. La espalda contra la puerta. Las piernas dobladas. El sobre en el regazo. Sigo leyendo. Hay una lista interminable de papeles que demuestran que existo, que trabajo, que pago impuestos, que no soy una amenaza para la seguridad nacional ni una carga para el sistema. Pero una lista que dice: "Demuéstrame que mereces estar aquí".

Cierro los ojos. Contra todo pronóstico, el apartamento está en silencio. Parece que la ciudad se toma un respiro antes de volver a aplastarte. Sin embargo, sí hay sonidos reconocibles. Puedo oír el zumbido del frigorífico. El crujido de las tuberías. Mi propia respiración, demasiado rápida, demasiado superficial.

Esto no es como los otros papeleos. Esto es diferente. Esto es "si lo cagas, te vas". Esto es "empaca tus maletas y vuelve a Madrid a explicarle a tu madre que tenía razón, que Nueva York era demasiado para ti".

Me vibra el móvil. Lo saco del bolsillo de la sudadera. Un mensaje de la academia:

"Buenos días, Sara. Recordatorio: renovación de contrato pendiente de confirmación de status migratorio. Por favor, actualice su situación antes del tres días. De lo contrario, procederemos con la terminación del contrato. Gracias."

Perfecto. Gracias. Muchas gracias. Qué amables.

Me vibra otra vez. Otro mensaje:

Frank: *¿Desayuno? Bagel del sitio bueno. No del sitio malo donde el queso crema sabe a arrepentimiento.*

Miro la pantalla. Pienso en responder "ya he comprado bagels" o más bien "no puedo, me acaban de joder la vida con un sobre amarillo". Pero no lo hago. En su lugar escribo:

Yo: *¿Cuál es el sitio bueno?*

Frank: *Absolute Bagels. Broadway con 107. El mejor de la ciudad. Esto no es una opinión, es un hecho científico. Te espero allí.*

Yo: *Llego en 20. Si el 1 train no decide morirse.*

No sé por qué he dicho que sí. Había metido en el frigorífico la bolsa de *Zabar's*. No tengo hambre. Tengo el estómago cerrado como una ostra oxidada. Pero necesito salir de este apartamento. Necesito aire. Necesito... no sé qué necesito.

Me levanto. Me miro en el espejo del baño. Cuando fui a comprar me sentía radiante. Me lavo la cara con agua fría. No funciona. Ahora tengo ojeras moradas. Me maquillo para arreglar el desastre. Salgo.

El *Absolute Bagels*, en el 2788 de Broadway, entre la calle 107 y 108, es una caja de zapatos con olor a pan recién horneado y a sueños cumplidos. Hay una cola que sale a la calle. Gente con abrigos caros, estudiantes con mochilas gigantes, ancianos que

piden “el clásico” con la familiaridad de quien lleva viniendo aquí desde 1985. Frank está al fondo, junto a la ventana, con dos cafés humeantes y una bolsa de papel marrón. En esta ciudad todo te lo sirven para usar y tirar, aunque te vayas a sentar en una mesa elegante a tomártelo.

Me ve. Me hace un gesto con la mano. Me abro paso entre la gente. Me siento frente a él.

—Pensé que ibas a cancelar —dice, empujando uno de los cafés hacia mí.

—Pensé en hacerlo —admito.

—¿Qué pasó?

Saco el sobre amarillo del bolsillo del abrigo. Lo dejo sobre la mesa. Frank lo mira. No lo toca. Solo lo mira, como si fuera una bomba sin detonar.

—Entrevista. Y un montón de papeleo. Pasado mañana. Diez de la mañana —digo. Mi voz suena plana. Vacía.

Frank coge el sobre. Lo abre. Lee. Su expresión no cambia, pero algo en su mandíbula se tensa. Termina de leer. Vuelve a meter las hojas en el sobre. Me mira.

—Vale —dice.

—¿Vale? —repito—. ¿Eso es todo? ¿Vale?

—Vale, vamos a prepararte para esto.

—Frank, no es un examen de gramática. Es inmigración. Es... es el gobierno. Es gente que decide si me quedo o me largo. Y por lo que se ve han decidido que debo largarme.

—Lo sé —dice, y su tono es serio. Demasiado serio—. Por eso vamos a prepararte.

—Tú no entiendes...

—Sara. —Me interrumpe. Me mira a los ojos—. Soy abogado. No suelo hablar mucho de mi trabajo. Pero, trabajo en derecho corporativo y he visto suficientes casos de inmigración para saber cómo funciona esto. Y sé que, si vas ahí sin prepararte, sin tener las respuestas claras, sin entender qué buscan, te van a comer viva. Igual que llevo semanas viendo cómo te devora esta ciudad. Y ahora comámonos nosotros el mundo.

Me quedo callada. Él abre la bolsa de papel. Saca un bagel. Me lo pone delante.

—Come. Cuando tengas el estómago lleno repasamos todo. Hacemos simulación. Te preparo.

—¿Por qué? —pregunto. Necesito saberlo—. ¿Por qué haces esto?

Frank se inclina hacia delante. Sus ojos grises me sostienen la mirada.

—Porque no quiero que te vayas.

El corazón me da un vuelco. Uno grande. Uno que me deja sin aire.

—Frank...

—Come el bagel, Sara. Después hablamos.

Como y está delicioso. Sabe a masa perfecta, a queso cremoso, a sal, a vida. No sabía que tenía hambre hasta que empiezo a masticar. Frank come el suyo en silencio. Bebemos café. Miramos por la ventana. La gente pasa. La ciudad sigue. Como siempre.

Frank coge una servilleta y extrae de su chaqueta un lujoso bolígrafo de abogado

—Vale —dice Frank, con el bolígrafo en mano—. Vamos a hacer esto bien. Primero, las preguntas básicas. Luego, las trampa. Y después, las incómodas.

—Suena a tortura.

—Es preparación. Es lo mismo. —Mirada desafiante—. Primera pregunta: ¿Por qué está usted en Estados Unidos?

—Para trabajar. Soy profesora de español.

—Demasiado seco. Necesitan narrativa. Inténtalo otra vez.

Suspiro.

—Vine a Nueva York para trabajar como profesora de español. Doy clases a ejecutivos, a niños, a adultos. A través de una academia certificada que tiene convenio con el USCIS. Mi trabajo contribuye a... —Bien. Pero añade algo personal. Algo que haga que te vean como persona, no como expediente.

—¿Cómo qué?

—No sé. ¿Por qué Nueva York? ¿Por qué no Boston, o Chicago, o Los Ángeles?

Me quedo callada. Es una buena pregunta. Una pregunta que no me había hecho a mí misma con honestidad.

—Porque... —empiezo. Me detengo. Intento de nuevo—. Porque Nueva York no te perdona. Y yo necesitaba un sitio que no me perdonara.

Frank levanta la vista. Me mira.

—¿Qué significa eso?

—Significa que en España todo el mundo sabe quién se supone que debes ser. Tu familia, tus amigos, tu ciudad. Todos tienen una versión de ti en la cabeza. Y si no encajas en esa versión, eres un problema. Aquí nadie sabe quién soy. Nadie espera nada de mí. Puedo ser quien quiera. O fracasar siendo quien quiera. Y a la ciudad le da igual.

Frank no dice nada durante un momento. Luego escribe algo en la servilleta.

—Eso. Di eso.

—¿En serio?

—En serio. Es honesto. Y la honestidad, en estas entrevistas, es tu mejor arma. —Pausa—. Siguiente pregunta: ¿Tiene usted familia en Estados Unidos?

—No.

—¿Amigos cercanos?

—No.

—¿Alguien que pueda dar fe de usted? ¿Alguien que pueda decir que es usted una persona estable, con raíces, con una vida aquí?

Me quedo callada. La respuesta debería ser "sí". Debería tener una lista de gente. Pero no la tengo. Solo tengo a...

—¿Sara? —insiste Frank.

—No —digo. Mi voz suena pequeña—. No tengo a nadie.

Él me mira. Hay algo en su expresión. Algo que no logro descifrar.

—¿Y yo? —pregunta. Suave.

—Tú... —empiezo. No sé cómo terminar la frase—. Tú eres mi vecino.

—Soy más que tu vecino.

—Tú eres... —Me cuesta decirlo. Me cuesta admitir que lo necesito. Que lo he necesitado desde el primer día perdida en el metro, atascada en la lavandería, desde la tormenta con el paraguas roto—. Tú eres mi guardaespaldas.

Frank sonríe. Una sonrisa pequeña. Triste.

—¿Un guardaespaldas? Suena a que eres una mafiosa. Te investigarán y averiguarán que comes en restaurantes italianos estilo Los Soprano y que hiciste una sangría con los exámenes.

—Está bien. Está bien. No sigas. Me declaro culpable. Y también me declaro culpable porque hoy ya había comprado mi bagel del "bueno".

—¿En serio? De dónde.

—De *Zabar's*.

—Excelente decisión. ¿Y por qué no me lo dijiste, antes?

—¿Me estás interrogando también con esto?

—Sara, acostúmbrate. Inmigración va a querer conocer hasta lo más íntimo de ti. ¿Por qué aceptaste, si tenías tu desayuno?

—Porque me escribiste. Y supongo que no quería estar… no quería…

Me quedo en blanco. Necesito llorar. Siento… En estos momentos no puedo decir lo que siento. No me atrevo a confesarlo. Ni siquiera a mí misma.

Él me nota atascada y decide echarme un cable reconduciendo la conversación:

—¿Qué tal, un amigo?

—Claro. Un amigo. ¿Eso somos? —No iba a abrir un debate existencial en un local con olor a queso y salmón ahumado.

Nota mental: *¿¿¿Amigos??? Tal vez en un universo paralelo.*

—No lo sé. Pero di eso. Cuando te pregunten si tienes a alguien, di que sí. Di que tienes a un amigo. Que no estás sola.

—¿Y si me preguntan quién?

—Diles mi nombre. Diles que soy abogado. Dales mi número. Si quieren verificar, que llamen. —Pausa.— Yo confirmaré lo que necesiten.

Lo miro. Este hombre que hace unos días me enseñó a doblar sábanas bajeras. Que me salvó de una colada rosa. Que me esperó bajo la lluvia con un paraguas que terminó muriendo en la batalla. Que ahora está aquí, con un bagel y una servilleta, ayudándome a no perder mi vida en Nueva York.

—Gracias —digo. Y lo digo en serio. Con toda la sinceridad que soy capaz de reunir.

—No tienes que darlas —dice él—. Todavía no.

Seguimos. Pregunta tras pregunta. "¿Cuánto gana al mes?" "¿Tiene ahorros?" "¿Planea quedarse de forma permanente?" "¿Ha violado alguna vez los términos de su visado?" Respondo. Él corrige. Ajusta. Afila mis respuestas como si fueran cuchillos que voy a necesitar en una pelea.

Pasa una hora. Dos. Tres. La gente va y viene entre colas infinitas. ¿Cuántos bagels pueden venderse en una sola mañana?

Finalmente, Frank me observa fijamente.

—Vale. Creo que estás lista.

—No me siento lista.

—Nadie se siente listo para estas cosas. Pero has respondido bien. Solo tienes que respirar, mantener la calma, y recordar que no eres un expediente. Eres una persona. Y tienes tanto derecho a estar aquí como cualquiera.

Quiero creerle. De verdad que quiero.

Salimos del local. El sol ha cambiado de color. El cielo sobre Broadway es de un naranja sucio, como una herida infectada. Caminamos hacia el edificio en silencio. Frank lleva sus manos en los bolsillos del abrigo. Yo llevo el sobre amarillo apretado contra mi pecho.

Llegamos al portal. Entramos. Subimos a la puerta de mi casa. El pasillo está vacío. Solo nosotros y la luz fea del fluorescente. Sorprendentemente la puerta vuelve a abrir a la primera.

—Vas a estar bien —dice Frank.

—No lo sabes.

—Lo sé.

Nos quedamos ahí. Él me mira. Yo lo miro. Y por un momento, por un momento estúpido y peligroso, pienso que va a pasar algo. Que va a decir algo. Que va a...

Pero no lo hace.

Tan solo dice:

—Buenas noches, Sara.

Ni siquiera le contesto. Cierro la puerta bruscamente y echo el cerrojo como si el cerrojo sirviera para algo más que para que no entren cucarachas con ambición.

Me apoyo con la espalda en la madera. El sobre amarillo me roza el pecho. Late. O soy yo.

¿Qué demonios es Mr. Coffee? ¿Un amigo? ¿Un abogado? ¿Una trampa con buen abrigo?

"Di que tienes a alguien", ha dicho. Como si *tener a alguien* fuera un dato administrativo y no una bomba.

Respiro. Y decido lo de siempre: me hago la dura.

En la entrevista diré que no conozco a nadie. Diré que estoy sola. Lo ensayo en voz baja y me sabe a óxido:

—Estoy sola.

El móvil vibra. No miro la pantalla. Porque si la miro, y es él, me derrumbo. Y si no es él, también.

Del otro lado del pasillo suenan pasos. Se alejan. Y justo cuando creo que ya está, que ya lo he conseguido —el portazo, la dignidad, la mentira útil—, llaman a mi puerta.

Tres golpes. Pausa. Tres golpes más.